EL CLÉRIGO CONQUISTADOR MARTÍN GONZÁLEZ, APÓSTOL DE LA LEYENDA NEGRA EN EL PARAGUAY

por el Académico DR. ENRIQUE DE GANDÍA

I

La historia del período monárquico de la América hispana ha sido ahondada en lo que se refiere a los instantes de los descubrimientos geográficos y la conquista de grandes territorios. Salvo puntos discutibles, el panorama de la primera expansión colonizadora está más o menos bien hecho. No entramos a detallar problemas cronológicos ni a revivir viejas discusiones. En la Argentina, sólo en estos últimos años se ha llegado a una conclusión aparente en lo que se refiere al descubrimiento del Río de la Plata, pues del 1516, en que llegó Solís, se ha retrocedido al 1512, en que unos portugueses lo habrían divisado por vez primera. Al mismo tiempo, otros comentaristas presentan la figura de Vespucci como el indiscutible primer navegante que cruzó su estuario en 1501. Las tres fechas, a nuestro juicio, son exactas y todo depende de criterios o de conceptos. En Venezuela no se sabe si Colón tocó sus costas —las del continente— en 1498 o 1494. La discusión dura. El estrecho de Magallanes es posible que haya sido cruzado por marinos de fines del siglo xv o comienzos del xvi, anteriores a Magallanes. No entramos en otras cuestiones semejantes.

La vida de los indígenas y de los españoles durante el siglo xvi ha sido estudiada de acuerdo con la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, del Padre fray Bar-

tolomé de las Casas, tan defendido por autores como Lewis Hanke y Manuel Giménez Fernández y tan atacado por otros, como Ramón Menéndez Pidal: inolvidables amigos nuestros, y con un pequeño mundo de documentos que han dado otros colegas: Silvio A. Zavala, en México, y Juan Carlos García Santillán, en la Argentina. Junto a ellos aportamos nuestro tomo dedicado a *Francisco de Alfaro y la condición social de los indios (Río de la Plata, Paraguay, Tucumán y Perú)* (Buenos Aires, 1939). Otro carácter tienen los estudios puramente jurídicos: análisis de las leyes de Indias, ordenanzas de gobernadores, pleitos de encomenderos, protestas de naturales; en una palabra: historia del derecho indiano.

La historia debe abarcar todos los aportes para tener una visión amplia, profunda y completa. En Alemania, George Frederici ha incursionado en la vida social de los indígenas. En el Paraguay, hace tiempo, Blas Garay publicó documentos de valor. En la Argentina debemos recordar al Padre Guillermo Furlong y a José Torre Revello, muy queridos colegas. Nosotros hemos ahondado los pequeños secretos de la vida de los españoles e indios en su maravillosa fusión, allá por el 1931, cuando publicamos nuestros libros *Historia de la conquista del Río de la Plata y del Paraguay, Indios y conquistadores en el Paraguay y Los primeros italianos en el Río de la Plata y otros estudios*. Algo más trajimos al reeditar, en tres oportunidades (la última en España, Madrid, 1986) la vieja *Argentina*, de Ruy Díaz de Guzmán. También podríamos citar los libros que dedicamos a las biografías de don Pedro de Mendoza, Luis de Miranda, Martín Barco de Centenera y otros hombres sobresalientes de la conquista. Hacemos mención de estos títulos para refrescar la memoria a algún sociólogo que quiera revivir la existencia de los pueblos de esta parte de América: tema cautivante si encontrara quien se resolviese a encararlo. Por último, creemos imprescindible acudir a un oasis histórico, íntimamente ligado al resto de la historia: la vida en las misiones jesuíticas, los ataques tremendos que ellas recibieron de los bandeirantes y las luchas de los jesuitas con los comuneros del Paraguay. Por nuestra parte dimos a conocer documentos inéditos e impresionantes en nuestro libro *Las misiones jesuíticas y los bandeirantes paulistas* (Buenos Aires, 1936). En cuanto a los comuneros del Paraguay he-

mos acumulado una apreciable cantidad de documentos inéditos del archivo de la Asunción del Paraguay que nos esperan, desde hace años, para ser analizados y convertidos en libro. No sabemos si, en este final de nuestra vida, tendremos tiempo para terminar otros trabajos empezados y entregarnos al estudio de los comuneros. Allá por el 1926, en nuestra primera juventud, el eminente historiador paraguayo, doctor Manuel Domínguez, nos aconsejó estudiar a fondo la epopeya de los comuneros. Él, así decía, se sentía viejo e incapaz de emprender ese análisis. Esperaba que algún joven paraguayo o argentino lo hiciera. En el Paraguay, el doctor Julio César Chaves tiene una obra empezada sobre los comuneros y hacemos votos para que la termine. Otros amigos paraguayos han escrito páginas valiosas, pero pocas, sobre este problema, tan incomprendido y tan olvidado.

Hemos salido del marco en que nos propusimos quedarnos. La vida de los europeos y americanos en el continente de Colón ha variado mucho, con los siglos, en unos lugares, y ha permanecido seminalterada en otros. Un estudio que abarcara siglos sería muy grande para cualquier investigador que pretendiese hacerlo con documentos, cronistas y viajeros. Hay que limitarse a áreas reducidas y a personajes determinados. Pequeños, pero fuertes aportes son los necesarios. El cúmulo de estos aportes servirá a los recopiladores del futuro, a los hombres que, con una abundante bibliografía, que hoy es muy limitada, se dediquen a emprender esta visión de la vida en las ciudades, pueblos y campos de nuestra América. Ella descubrirá mil secretos humanos y espirituales que hoy no vemos y que nuestros sucesores podrán ver con deslumbrantes luces.

II

Vamos a recordar a un inquieto personaje de la conquista del Paraguay. Nadie ha hablado de su vida. Tiene una importancia extrema. Sin él, y algunos otros compañeros de sotana, no podríamos descorrer el velo que, durante siglos, ha cubierto el secreto de las relaciones de españoles e indígenas, principalmente mujeres, en la perfumada y deliciosa ciudad de la Asunción.

Hace años, en los libros que consagramos a la *Historia del Gran Chaco* (Madrid-Buenos Aires, 1929) y a las cuestiones de límites boliviano-paraguayas, poco recordamos al clérigo Martín González. Menos lo hicimos en nuestra *Historia crítica de los mitos de la conquista americana* (Madrid-Buenos Aires, 1929), donde contemplamos el panorama de los polos de atracción que ilusionaban a los conquistadores. Sólo en nuestra *Historia de la conquista del Río de la Plata y del Paraguay* y, en especial, en nuestro *Indios y conquistadores en el Paraguay*, recordamos al clérigo Martín González por los detalles pintorescos que daba en sus cartas y memoriales. Estos detalles, tanto eróticos como trágicos, se referían, exclusivamente, a la mujer indígena.

El papel de la mujer india en la vida del conquistador ha tenido una transcendencia inmensa. Algunos historiadores la han destacado en casos individuales, como el de Cortés, y otros más generalizados, pero siempre como excepciones. La mujer india ha sido elogiada líricamente. También ha sido comprendida socialmente. Lo que no se ha hecho es estudiarla históricamente. Es que la mujer ha sido vista como un apéndice en la vida del hombre. Ha sido una colaboradora simplemente admirable, como lo han sido las mujeres de los inmigrantes de los siglos posteriores. La mujer india se unió al español porque su compañero no tenía prejuicios de raza ni de religión. En España se ignoraban las teorías racistas que sobrevinieron siglos más tarde. Un conquistador que escribía a un amigo en España, desde el Paraguay, le decía que las mujeres de ese país eran como las de Madrid, salvo que andaban desnudas, es decir, sólo se diferenciaban en la manera de vestir. Y así era todo. Mujeres indígenas se casaban con españoles y caciques e indios sin ningún título se unían a españolas. Los hijos, los neoamericanos, eran el gran pueblo del continente. Santiago Montoto, en Sevilla, nuestro amigo del Archivo de Indias y del Parque de María Luisa, publicó un nobiliario de caciques y otros indios: los reyes de España les daban escudos como a cualquier notable conquistador. En una palabra: las diferencias de razas no se concebían. En cuanto a la religión, bastaba con que una indígena o un indígena reconociese que era cristiano o asistiese a la misa o se confesase, sin mentiras o con reservas mentales, para que no existiesen problemas de con-

ciencia. Lo que unía era el amor, el hogar, los hijos y el trabajo común.

Todo esto es muy bello, pero no siempre es la verdad total. Hay secretos, hay abusos, hay muchos hechos que la historia no siempre conoce porque los documentos no los recogen o no les dan importancia o apenas mencionan o se supone que son falsos, exagerados, surtidos de pasiones humanas, casos particulares y nimios o simplemente invenciones. Sabemos muy bien cuánto exageró y generalizó el Padre Las Casas. Sabemos, también, que tanto en América como en el resto del mundo hay criminales y delincuentes de todo género. Estas excepciones, como se suele decir, no son la regla. Pero cuando las excepciones se presentan como muchas hay que tenerlas en cuenta. No son rarezas, son hechos comunes y la multiplicación de hechos comunes constituye formas o maneras de vida. Es preciso, por tanto, saber cómo se vivía en un determinado tiempo o lugar.

El caso del Paraguay es único en América y, posiblemente, en el mundo cristiano, por no decir en todo el planeta. Fue una pequeña sociedad de españoles e indios guaraníes que vivieron en una poligamia general. Los conquistadores, no bien penetraron en el Paraguay, descubrieron dos hechos bien reales e ineludibles: los indígenas eran antropófagos y polígamos. La antropofagia era común en casi todo el continente. La poligamia, también, pero no tan amplia como en el Paraguay. El hecho se debía al carácter guerrero de los indígenas guaraníes que se exterminaban en sus luchas continuas con otros pueblos de otras razas o culturas y al desequilibrio que se producía de los hombres frente a las mujeres, cada vez más abundantes. La verdad es que los españoles comprendieron que, si no querían ser deshechos y comidos por los naturales, debían aliarse a ellos, seguir sus costumbres, formar parte de su inmensa familia y hacerse, no antropófagos, pero sí polígamos. Cada español, para no ser devorado, se resignó a tener diez, cincuenta, cien mujeres, otras tantas suegras y un mundo de cuñados. Las cuñadas se hacían sus mujeres. El problema de la subsistencia quedaba, de este modo, resuelto. Y los españoles se adaptaron a este nuevo género de vida que escandalizaba a los incomprensivos sacerdotes y hacía sonreír a capitanes como Domingo de Irala que dedicaba, precisamente, los viernes santos para

grandes reuniones amorosas colectivas de españoles e indios en un puerto que, por los actos que en él se realizaban, tenía el expresivo nombre de Puerto de la Hodienda.

Hemos estudiado estos hechos, con una documentación inédita y desconocida, en los libros nuestros que hemos mencionado y en monografías y artículos que han pasado al olvido. Y hemos comprobado que el caso del Paraguay no puede compararse, en su poligamia, con el mahometismo por un sin fin de razones. En primer término, la religión cristiana de los conquistadores no los autorizaba a semejante poligamia. Todos vivían, en consecuencia, en pecado mortal. No ocurría esto en el mundo musulmán donde su religión permitía cuatro mujeres legítimas y las concubinas que se pudiese mantener. Los indígenas no eran musulmanes y sus religiones, si es posible llamarlas así, no pasaban de creencias muy elementales, difíciles de precisar. Los mismos musulmanes se habrían extrañado de ese género de poligamia o convivencia donde un mismo hombre vivía maritalmente con varias hermanas que eran las madres, tías y a veces abuelas de sus otras mujeres. En fin: el caso del Paraguay, como lo hemos mostrado en nuestro libro *Indios y conquistadores en el Paraguay*, es un suceso extraño en la historia americana.

III

Difícil es poder reconstruir la vida entera del clérigo Martín González que nosotros llamamos el Apóstol de la Leyenda Negra en el Paraguay. Sólo lo conocemos por sus cartas y sus pedidos a las autoridades españolas, siempre quejándose y siempre clamando. Leyenda, en el sentido de lo que se lee y no es cierto, es una exposición que no dice la verdad. La definición, más que simple, puede aplicarse a muchas de las cosas que refiere y denuncia Martín González porque no sabemos, realmente, si son verdades o exageraciones. Es poco común que tantos abusos, y la mayoría gravísimos, no hayan sido referidos por otros conquistadores ni los hayan mencionado jamás cronistas que conocían muy bien la vida en el Paraguay, como Ruy Díaz de Guzmán, Martín Barco de Centenera, Pedro Lozano, José Guevara y repetidores, hasta el deán Gregorio Funes. Las cartas anuas de los jesuitas, y los misioneros que escribieron sus experien-

cias, pudieron recoger algo y no lo hicieron. Los cientos de documentos que hemos analizado en el Archivo de Indias y en las copias de la colección Gaspar García Viñas, en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, antigua sala Paul Groussac, no confirman, salvo casos aislados, todo lo dicho por Martín González. Tenemos en las manos una documentación preciosa que debe ser leída y aceptada o negada con sumo cuidado. La crítica no debe basarse en opiniones o juicios personales, en “creer” o “no creer”, sino en documentos que aprueben o nieguen ciertos hechos. No debemos considerar lo posiblemente ocurrido con el criterio de nuestro tiempo o de nuestras opiniones. Si nos colocamos en el siglo XVI, en la Asunción, no debemos salir del Paraguay y limitarnos a repetir lo que dicen los documentos del Paraguay. No tenemos otros, y hemos rebuscado bastante, como lo prueban los libros nuestros que hemos citado. Debemos aclarar que en estos libros no consideramos, con la amplitud necesaria, el caso de Martín González. Ahora, en cambio, entramos a analizar una serie de documentos que no han comentado otros historiadores y van a ser una sorpresa para los lectores. Ellos transforman, de golpe, el llamado Paraíso de Mahoma en un infierno de los cristianos y hacen del amor carnal y espiritual de las bellas indias un mundo trágico de esclavitud, de tormentos y de muerte. No obstante, este panorama dramático que vamos a revivir no coincide con los sentimientos de los conquistadores. Los hemos profundizado en otras páginas y nos muestran siempre una pasión sincera y noble hacia sus indias desnudas y buenas. A veces eran caprichosas, jamás confesaban lo que querían negar u ocultar y no dejaban de trastornar a los pobres enamorados que las perseguían por las selvas. Aquellos hombres no abandonaban el Paraguay y se olvidaban de sus pueblos de España para seguir viviendo en ese mundo que parecía de locos o de ensueños realmente celestiales.

Las denuncias de Martín González pueden ser ciertas, pero no son la vida íntegra del Paraguay, que se hizo con amor y dulzura, en hogares pobres, sencillos, llenos de hijos y de trabajo. Ellos se convirtieron en una nación con características únicas en su raza, en sus costumbres y en su espíritu. Por otra parte, lo que dice González es en gran parte posterior a la muerte de Domingo Martínez de Irala, el vasco de Guipuzcoa, creador del Paraguay colonial, raíz

del Paraguay independiente. En tiempos de Irala hubo abusos de gobierno, de mano dura, de pasiones y odios, ambiciones y envidias, todo lo que se quiera —“un pueblo de quinientos habitantes y quinientas mil turbaciones”—; pero no sabemos si esos hechos, hoy discutibles, no fueron necesarios, impidieron el despoblamiento de la región y su abandono a las selvas y a las fieras. Sin ellos no se habría formado una “república”, la “cosa pública”, como fue entonces y como es hoy. Por algo Irala merece un monumento en la Asunción, junto a Juan de Salazar de Espinosa, el precursor, fundador del fuerte de la Asunción, y Alvar Núñez, el segundo adelantado, todos en luchas entre sí y todos unidos por la misma aureola de la inmortalidad.

IV

Martín González declaró en Madrid, en una información que hizo de los servicios que prestó en el Paraguay, el día 15 de noviembre de 1574. Dijo ser natural de Villa Rubia del Campo de Calatrava. Había nacido en 1516: el año en que Solís llegó al Río de la Plata. Tenía, por tanto, cincuenta y ocho años. Era clérigo presbítero, beneficiado en la catedral. No tenía el título de don. La información fue hecha ante el licenciado Hernando Velázquez, del Consejo de Su Maestad, alcalde en la Casa y Corte, y ante el escribano Juan de Alesanco. Quería dejar constancia, para descargo de su conciencia, de ciertas cosas que convenían al servicio de Dios y del bien y utilidad de los naturales de las provincias del Río de la Plata. Para ello presentó testigos que debían responder a una serie de preguntas. Pidió dos o más traslados de la información para presentar ante Su Majestad y los señores del Consejo de Indias y en otras partes donde le conviniese.

Los testigos debían responder a nueve preguntas. La primera, si conocían a Martín González. La segunda, si sabían que había doctrinado y bautizado a los naturales del Río de la Plata sin ningún interés y que, por defender a los naturales, “ansí los que han mandado como los demás, han estado mal conmigo”. En cuanto a los indios, por ver “que los amparaba y defendía, que los españoles no les quitasen sus mujeres, ni hijos, ni se les hiciesen otros

malos tratamientos, venían de cien y cincuenta y más a bautizarse con los hijos a cuestras, con soles y fríos, de los cuales murieron muy gran cantidad de hambre y cansancio...” En la tercera afirmaba que si los naturales de la tierra estuviesen levantados en contra de los españoles y él volviese al Paraguay, por el amor que ellos le tenían todos volverían “a la conformidad de los dichos españoles”. También los testigos debían contestar si los naturales tenían algún rito o idolatría como tenían los del Perú, Nueva España y otras partes. En la cuarta pregunta los testigos debían responder si sabían “que los españoles que residen en las dichas provincias hayan quitado a los dichos naturales sus mujeres e hijas tan en cantidad que ha habido hombre y muchos que tienen a ochenta y de allí abajo los más, de manera que ha resultado que habrá al presente más de tres mil mestizos de quince años arriba y de otras tantas mestizas”. En la quinta pregunta recordaba que en la Asunción había muchos mestizos “sin derramarlos fundando otros pueblos”. Por ello podían levantarse y causar gran daño a aquella provincia y a las vecinas. Si se quisiese hacer algún pueblo en el lugar llamado el Campo, los indios se esconderían, huirían y apartarían, pero si él, González, estuviese en alguno de esos pueblos, “los indios naturales vendrían a ésta a residir donde yo estuviese enviándolos yo a llamar”. En la sexta pregunta se inquiría por un lugar llamado El Campo, entre la costa del Atlántico y el puerto de San Francisco y Santa Catalina y el río Paraná, hacia la Asunción, que tenía ciento cincuenta leguas de ancho y doscientas de largo hacia San Vicente. Estaba poblado por gran cantidad de indios que iban a bautizarse a la Asunción. La caza abundaba en puercos “que tienen el ombligo en el espinazo”, venados, antes, perdices y otras muchas cazas. Había grandes pinos “que llaman piñones”, arroyos, “islas de montes”. Había mucho pescado, “tan sano que lo dan a los enfermos”; cañas para hacer azúcar, trigo, vino, frutas, algodón, minas de cobre “del cual han sacado oro” y “piedras de gran valor”. En la séptima pregunta insistía en que los mestizos, en caso de rebelarse, él, González, sería gran parte para apaciguarlos, por el amor que le tenían, y poblarían “donde yo les dijese y quisiese”. En la octava pregunta dejó constancia, y los testigos debían confirmarlo, que por haberse quedado él, González, en el Itatín, “los indios que

estaban a ciento cincuenta leguas de la Asunción no se levantaran y mataran al general Nufrio de Chaves con los demás que iban con él". Esos indios, después "se juntaron con los más que mataron al Manso (Andrés) y más que con él estaban poblados y dieron en Santa Cruz de la Sierra y mataron a los que allí estaban y después fueron a la Villa de la Plata, Potosí, y sí hicieron gran daño".

Martín González se presentaba como un protector de los indios. Y ésta es su mejor presentación. Estaba seguro que los naturales lo seguían y obedecían. Si no hubiese sido por él habrían cometido muchas maldades. Él podía impedir cualquier sublevación.

Los testigos no pasaron de dos; pero confirmaron, como buenos amigos, lo que él deseaba. El primero, don Francisco de Mendoza, de veintiocho años de edad, hijo de su homónimo, de tanta actuación en el Paraguay, dijo que era vecino de la Asunción y conocía a González desde hacía más de veinte años. Siempre había protegido a los naturales, predicándoles "e metídose entre ellos con mucho riesgo de su persona".

Los gobernadores habían querido prenderlo y despachar a España. Los oficiales reales nunca le habían hecho ninguna gratificación. Los indios venían desde el Itatín y ciento cincuenta leguas "a buscar al dicho Martín González para que los bautizase con los hijos a cuestras y tiene entendido que morían muchos de las frialdades y ríos que pasaban". En la tercera pregunta, Mendoza recordó que "puede haber doce años que el dicho Martín González dio aviso que muchos de los mestizos querían apoderarse de la tierra y matar a sus padres". El declarante lo había sabido "por la vía de los parientes de los mestizos de padre y de sus madres". Luego confirmó lo expresado en las otras preguntas y concluyó por afirmar que "es de muy gran servicio de Nuestro Señor e de Su Majestad que se apremie al dicho Martín González que vuelva a la dicha tierra". En la séptima pregunta confirmó que si González no se hubiera quedado en el Itatín los indios habrían matado a Nufrio de Chaves y hecho otros desastres. González "es muy hábil en la lengua" de los indios.

Al día siguiente, 17 de noviembre de 1574, declaró Andrés de Montalvo. Empezó por recordar que conocía a Martín González desde hacía treinta y cuatro años, es decir, desde 1540. Había llegado al Paraguay, en conse-

6
cuencia, con la expedición de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Montalvo tenía cincuenta y cinco años. Había nacido en 1519 y contaba diecisiete cuando don Pedro de Mendoza fundó la Ciudad del Espíritu Santo en el puerto de Nuestra Señora del Buen Ayre. Durante quince años había visto al clérigo González bautizar y doctrinar a los naturales. No se le había hecho ninguna merced. Los indios "venían a pedir bautismo de más de cien leguas con sus hijos y mujeres". Desde cinco leguas a la redonda llegaban a oír misa y la doctrina cristiana. El testigo había partido del Río de la Plata hacía dieciocho años. En ese tiempo, Martín González era bien visto por los indios. Éstos no tenían "ningún rito ni idolatría" y por ello pedían el bautismo. A la cuarta pregunta se refirió a una información del 1558 en el Consejo de Indias. En la quinta confirmó que era peligroso "derramar mestizos en poblaciones y para seguridad de la tierra e por ser en mucha cantidad e que si se levantasen sería dificultoso tornarlos en el estado en que están e costaría mucha hacienda e gente". En la sexta pregunta recordó que, en efecto, en El Campo había "mucha cantidad de indios". "Tierra muy aparejada para cultivar". Era "rica de vinos". Los indios venían a bautizarse desde ciento cincuenta leguas.

Este fue el resultado de la información. Conocemos al personaje. Nos lo han presentado dos testigos de importancia. Ambos habían vivido años en el Paraguay y lo conocían por una larga confianza. Martín González se nos aparece como un buen sacerdote, que amaba los indios y los convertía a nuestra religión. Por ello, como veremos, quiso defenderlos contra los españoles que, a su juicio, abusaban de sus mujeres. No habla mucho de malos tratos personales ni de un exceso de trabajo. Lo indignaba lo que hacían con las mujeres. Era el Paraíso de Mahoma, la perdición de los cristianos, el camino del infierno. De todo daría buena cuenta a las autoridades peninsulares. Por ello sus informaciones, sus denuncias, los papeles que nos ha dejado, para que sepamos y digamos hechos que nunca se han dicho y que han de asombrar a los historiadores.

(El documento original utilizado se halla en el Archivo General de Indias de Sevilla, y tiene la asignación antigua: 75-6-S.C. En la Biblioteca Nacional de Buenos

Aires se encuentra en la Colección Gaspar García Viñas, tomo CXIII, documento 1798. Tiene nueve páginas.)

Conocida la personalidad del clérigo presbítero Martín González, vamos a sus revelaciones.

V

Las primeras protestas del clérigo Martín González empiezan en la Asunción el 27 de junio de 1556. Fue en una carta al rey de España, muy suelta y sin rodeos. Era cura beneficiado en la catedral y estaba enojado porque el obispo recién llegado a la Asunción, Pedro Fernández de la Torre, tenía muy mal carácter, era interesado y violento. No obstante, como referimos en otros libros nuestros, había tenido la habilidad de hacerse, de inmediato, amigo del gobernador Domingo Martínez de Irala. Éste, que no era menos listo, también había sido muy inteligente en lograr la amistad y confianza del obispo. Las dos autoridades —la civil y la eclesiástica— andaban muy de acuerdo. Lo contrario sucedía en otras partes de América, donde obispos y gobernadores se combatían sin piedad y sin provecho. Muerto Irala, le sucedió Gonzalo de Mendoza, el cual trató de llevarse lo mejor posible con un pastor tan irritable e irritante. No fue así con el clérigo González que se sintió incomprendido en sus trabajos y no perdió tiempo en dirigirse al rey para darle buena noticia “del pastor y prelado que a este su mal reparado corral ha venido”.

El obispo Fernández de la Torre, en verdad, no era hombre agradable. Los testimonios que existían en su contra no son pocos ni son piadosos. Cruel, fantasioso, avariento e insoportable, tuvo el don de malquistarse con todo el mundo y recibir más insultos que el resto de la ciudad entera. El clérigo González, que tuvo las confianzas de quienes lo conocían en España, empezó por decir al rey que “antes que se embarcara en Sevilla los que con él vinieron dicen que en España hasta religiosos de su orden de San Francisco decían parte de lo mucho que acá todos decimos dende que se embarcó hasta que llegó hasta esta ciudad por relación así mesmo de los que vinieron en su conserva que con ninguno vino en paz, sino casi dándose de puñadas con todos: ellos a él y él a ellos, des-

honrándose, y así llegó el más malquisto de toda la armada que hombre ha pasado en Indias”.

Realmente, el obispo Fernández de la Torre no era un santo pastor o cordero. “Sobre el agua, en el navío, los descomulgó sobre cosas bien livianas de comer que le habían tomado”. Cuando llegó a la Asunción, los clérigos salieron a recibirlo con la cruz de la iglesia mayor y el himno *Venit creator*. Toda la ciudad lo acompañó a la iglesia y se entonó el *Te Deum laudamos*. El obispo no perdió tiempo y se aposentó en la casa del gobernador Domingo de Irala. Había venido más proveído de sobrinas que de clérigos. Clérigos no trajo ninguno y sobrinas, dos. Una era mujer de veintiséis o veintisiete años. Las dos le eran tan allegadas que tanto en Sevilla como en la Asunción las solía ver ordinariamente en el monasterio. En el camino, en el navío y en el pueblo, “siempre las ha tenido e tiene en una cámara adentro, de noche y de día, sin que criado ni amigo de los umbrales adentro resida ni duerma”. En lugar de bendiciones empezó a echar excomuniones. La gente no tardó en murmurar: “Estas son las bulas y bendiciones que nos trae nuestro obispo descomulgando al pueblo por razón del diezmo pasado”. A un clérigo que un domingo estaba diciendo misa lo obligó a que “matase las candelas”. Acabadas las fiestas, en lugar de la ordinaria absolución, hizo que se echasen al pueblo “todas las maldiciones del anatema leídas en una carta del anatemas”. Además, “descomulgó luego ansimesmo a todos los que algún pecado público presente o pasado supiese si a decir no se los conviniesen”. Esto produjo un gran escándalo. Un clérigo, “capitán capellán de vuestra majestad, estando diciendo misa, vuelto al pueblo, presente el obispo”, declaró que era “contra caridad descubrir lo que ya era secreto pasado y olvidado si no era pecado en que el prójimo estuviese pertinaz después de hechas primera y segunda admoniciones conforme a las palabras de Nuestro Redentor Jesucristo según San Mateo”. El obispo le ordenó “que callara y acabase la misa y que él ni ningún sacerdote predicase delante de él”. No era amigo de consejos. Confirmaba a su voluntad, de modo que eran más los confirmados que los bautizados. No le importaba que los niños fuesen doctrinados, pero sí que viniesen “con gallinas, calabacos de mil y otras bujerías”. El clérigo González, cuando empezó a doctrinar, en su casa, de noche y de día, pidió

a unos muchachos, hijos de indios principales, que una vez sabida la doctrina la fuesen a enseñar a sus padres y parientes. En una pequeña iglesia que él había levantado enseñó la doctrina, tanto a la gente de servicio de los cristianos, como a los que venían de afuera. Todo sin ningún interés. El obispo "desbaratome de todo esto cuando pensé que me ayudara alentándome y mandándome que aún mejor lo hiciese mandándome viento contra río por contentar al gobernador y a sus secuaces que les pesaba que yo fuese causa por doctrinar a los indios y algunos de los hermanos de sus indias y parientes que no fuesen a servirlos como ellos querían".

Vamos comprendiendo la realidad y motivos de los desacuerdos del clérigo González con Irala y su amigo, el obispo, además de los secuaces de uno y de otro. El clérigo enseñaba a los indios y, en especial, a las indias, la doctrina y, de paso, que no sirviesen a los españoles como ellos pretendían. Era natural que los conquistadores combatiesen al clérigo y el obispo le dijese "y mandó, so pena de excomunión, que echase los muchachos de mi casa" y no adoctrinase los indios. El clérigo González le contestó que los indios se escandalizarían cuando viesen que echaba a sus hijos de la doctrina. El clérigo les había asegurado que iba a doblar el buen tratamiento y la instrucción con la venida del prelado. Los indios, cuando esperaban tener padre tenían un padrastro, pues, con su llegada, si alguna doctrina y libertad tenían, se les había quitado y toda su malaventura doblada. "Ahora parecen por los campos más indias muertas e lanceadas; ahora las indias de los cristianos son más maltratadas; por celo, degolladas y quemadas y las tristes son más aprisionadas en cepos y en grillos; ahora hay más casas de juego y más públicos pecados y amancebados; ahora se traen más indias de las casas de los indios". Martín González fue a decir al obispo que, "por amor de Dios, se remediase, y que algunas que habían traído robadas, que serían hasta doscientas juntas, las hiciese volver a sus maridos", pero el obispo le respondió que él no era parte.

Muchas indias quedaron en su poder. De ese modo se dobló la persecución a los indios "y la mala inclinación de los cristianos". En los primeros quince días que vino el obispo falleció un sacerdote que dejó dicho en su testamento que el obispo tomase una iglesia que había hecho

bien labrada y que cuidase unos indios e indias que tenía para su servicio. A ellos les dejó su casa y heredad para que viviesen en libertad y herramientas para que trabajasen. Con todo se quedó el obispo. Y lo mismo hacía el gobernador, “por manera que todos los clérigos hemos echado nuestras barbas en remojo”. Era tanta la codicia del obispo “que predicando haya predicado entrada, diciendo que él ha de ir delante y que no ha de parar hasta las amazonas”. Agregaba que “él tenía el corazón de Vuestra Majestad en su pecho e sabía muy bien que así lo quería”. Todos opinaban lo contrario, pues era notorio, por una real cédula, que el rey había ordenado que no se hiciesen entradas ni rancherías. En ese sermón dijo “que no curse nadie de escribir a Vuestra Majestad, ni al príncipe, ni a su alto Consejo, que si no eran sus cartas y las del gobernador e oficiales era cosa perdida enviarlas, porque no habían de hacer caso de ellas, que ya estaban cansados de oír quejas y por esto que no las querían ver ni oír y que las echaban por ahí”. El obispo hablaba como un filósofo resignado. No valía la pena escribir sobre lo pasado, “que los muertos eran muertos y los robados, robados”. Dios, con todo el poder que tenía, “no podía que el día ya pasado que pasado no fuese, cuanto más las cosas ya pasadas entre los hombres ya pasadas y hechas compasión de que ya ninguno habrá que no se haya arrepentido”.

El obispo Pedro Fernández de la Torre confesaba a sus feligreses que “él no hallaba qué escribir, porque en esta tierra no vio lo que en el Perú, sino que todos antes son servidores de Su Majestad, viven muy bien, sino esto de estar amancebados”. El obispo hablaba claro: “Hombres: que en cuanto a esto, todos veo que lo están y si hubiésemos de echar de la iglesia a todos los echaríamos y al señor gobernador el primero”. El clérigo González recordaba que cuando el obispo había llegado al Paraguay “se abrazó y ligó con el gobernador” y le pagaron esas palabras. Le dieron “una mula que trajeron mal habida del Perú y otros muchos presentes y muchas indias que el gobernador le dio y da cada día”. En todo lo que el gobernador quería, “en diciendo el gobernador *Dominus vobiscum*, responde el obispo *Et cum spiritu tuo*”. Ambos se sentaban en medio de la iglesia en sus sillas de espaldas. Al obispo le ponían dos almohadas de raso “y por su mano

el mismo obispo pone una al gobernador". Algunas personas que veían la tierra más perdida que nunca pidieron licencia para salir, embarcándose con la libertad que el rey autorizaba, pero no quisieron dársela. Entonces iban secretamente a quejarse al obispo, a tomarlo por tercero. El obispo contestaba que nadie "no le dijese del gobernador, que alguna cosa hacía mal, ni lo que no debía, porque él no lo oía". Todo esto lo repetía desde el púlpito y agregaba que el rey le había encomendado que estuviese muy amigo del gobernador "y que así lo había de hacer".

El obispo defendía al gobernador. Hacía bien en hacer lo que hacía. El obispo predicaba que no era amigo del oro, ni de clérigos, ni pobres. No los había honrado ni abrigado, ni aún les daba una vinajera de vino. Una pipa de vino que subió a la Asunción, "públicamente a su mesa se la bebe con ser lo que de más necesidad tenemos los sacerdotes". No era caritativo ni devoto. Su semblante ni sus costumbres eran religiosas, "sino que rebota de codicioso y ambicioso. No sé si le cansa traer públicamente sobre la capilla al cuello ordinariamente un crucifijo de oro grande con una piedra a los pies y las manos llenas de anillos mostrándolos a todos, que nunca los acaba de mostrar, ni suyos eran de llorar...".

Rara vez se ha hecho en la historia del Paraguay y Río de la Plata una radiografía espiritual tan completa y profunda como la del obispo Pedro Fernández de la Torre por un clérigo como Martín González. Sus palabras fueron confirmadas por tres conquistadores: uno bien conocido, desde los tiempos de don Pedro de Mendoza. Se llamaba Gaspar de Ortigosa. Cierta vez huyó con una nave, en un episodio desconocido que nosotros divulgamos por vez primera. Los otros dos conquistadores tienen biografías más breves. Ortigosa se dirigió al rey el 26 de mayo de 1556 y le dijo que había leído la carta de Martín González en que le refería todo lo que había pasado en la Asunción desde la prisión del gobernador Alvar Núñez Cabeza de Vaca. "Vuestra Majestad —afirmaba— le puede dar todo crédito porque, allende ser sacerdote y su orden y dignidad no requiere avisar a Vuestra Majestad sino es de aquello que conviene para que la real conciencia de Vuestra Majestad sea descargada. Él en todo dice la verdad y es persona que se le puede dar todo crédito porque los indios todos siempre por él han sido instruidos en

nuestra santa fe católica y albergados y amparados". Por las confesiones de los indios sabía los agravios que habían pasado y los daños que podían redundar al rey si no lo proveía.

Otra carta, fechada el 15 de mayo de 1556, firmada por Juan Muñoz de la Saeta, aseguraba al rey de España que el clérigo Martín González era "hombre que en todo lo que él pudiere y supiere ha de avisar a Vuestra Majestad de lo sucedido en esta tierra". La carta de Martín González avisaba al rey de toda la verdad para que mandase lo que más conviniese al servicio de Dios y al descargo de la real conciencia. El rey debía poner en ella toda fe y crédito porque informaba de cosas que habían sucedido en esa ciudad "y él sabe y puede saber así por la plática que con los indios trae de causa de estar con ellos muy acreditado y tenerlo por padre espiritual...".

La tercera recomendación, "en crédito de Martín González", fue de Fernando Notario, personaje semidesconocido. Empezó por decir que "el reverendo padre Martín González escribe a Vuestra Majestad toda la verdad y es ansí como él lo dice por su carta...". González era "persona que no dirá sino lo que es: lo uno por ser sacerdote e de buena vida; lo otro por ser persona que ha dado buen ejemplo...". Se había consagrado "en doctrinar los naturales e ampararlos y volver por ellos que no les quitasen sus mujeres ni hijas e bautizarlos, confesarlos sin interés ninguno, como Vuestra Majestad puede ser informado de los que allá van, y en la tierra no hay quien lo pueda saber como él porque todos lo tienen por padre. Los naturales le tienen muy gran crédito entre ellos y a él vienen a contarle sus trabajos porque ansimismo les entiende su lengua...". Fernando Notario tenía la esperanza de que el Espíritu Santo alumbrase al rey de España "para que haga lo que más e mejor sea para en su santo servicio de esta ciudad de la Asunción de Nuestra Señora". Era el 11 de junio de 1556. (Archivo General de Indias de Sevilla: 74-4-25. Colección Gaspar García Viñas, Biblioteca Nacional de Buenos Aires, tomo 82, documento 1328).

VI

Pasaron unos dos años sin reclamo del Padre Martín González hasta que el 7 de noviembre de 1558 aparecen "juntos e ayuntados en uno" los personajes más destacados de la Asunción, "conviene a saber: el ilustre y reverendísimo señor don fray Pedro de la Torre, obispo de estas provincias del dicho Río de la Plata, y los muy magníficos señores Francisco de Vergara, gobernador y capitán general en nombre de Su Majestad de estas dichas provincias, y el contador Felipe de Cáceres y el factor Pedro Dorantes y el capitán y tesorero Juan de Salazar, oficiales de Su Majestad, y Alonso de Angulo, alcalde ordinario y de la Hermandad, y Alonso de Valenzuela, regidor, pareció presente el padre Martín González, clérigo suso dicho, y presentó el requerimiento de su contenido y juntamente con él una escritura que según por ella parecía es traslado de las Leyes reales que se hicieron para las Indias firmadas al pie de una firma que dice Gaspar de Ortigosa".

Este documento es el de mayor importancia en este estudio de la sociedad asunceña a mediados del siglo xvi. Suspendemos la copia de las Leyes de Indias, por conocidas a cualquier especialista. En cambio, trataremos de transcribir lo más extensamente posible sus páginas principales. Las revelaciones del Padre Martín González son sensacionales. No creemos que sean exageraciones o falsedades. Si lo hubiesen sido, los señores a quienes inculpaba el padre González habrían protestado. Ninguno de ellos era persona de guardar silencio y no acusar, a su vez, de calumniador o infamante a un pobre clérigo que no pasaba de beneficiado en la iglesia de la Asunción. Este expediente, de unas cien y más páginas, en que aparecen acusadas las máximas autoridades del Paraguay, empezando por el obispo y el gobernador, no es una hoja que se lleva el viento con alguna noticia, auténtica o no, lanzada por algún descontento. Es un proceso que la historia ha olvidado y que contiene hechos ignorados por los historiadores.

El escribano tal vez no se dio cuenta que estaba escribiendo la historia secreta de una parte de la conquista de América en el encantado y sorprendente Paraguay. Frío y objetivo, consignó lo que se le pidió. El clérigo González insertó las Ordenanzas de poblaciones que el rey

Carlos V dio en 1542 para el gobierno de las Indias, muchas veces publicadas. Las ordenanzas no concebían los problemas femeniles que se iban a desenvolver. El caso de la Asunción, como dijimos, era único en el mundo y ninguna ley de Indias lo consideró jamás. El hecho es que el clérigo Martín González pidió al escribano que leyese y ratificase el requerimiento al obispo, al gobernador y a los oficiales de Su Majestad, al alcalde y al regidor mencionados, "de manera que todos lo oyesen y entendiesen". Estaban presentes como testigos Esteban de Vergara, Juan de Burgos, el capitán Ruy Díaz Melgarejo "y otras personas". No faltaba el público, como en los juicios orales. Había empezado la acusación y el proceso a los conquistadores del Paraguay más solemne, verdaderamente único, de la historia de la conquista. El renombrado Padre fray Bartolomé de Las Casas no se atrevió a tanto ni hizo nada parecido. Su diatriba *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* se imprimió varias veces, fue ilustrada con dibujos horribles y fantásticos y es citada de continuo por todos los historiadores que saben muy poco de la historia de España en América. Este documento, simplemente extraordinario, sólo en este momento y en estas páginas aparece en parte resumido para alegría de los enemigos de España.

El Padre González, frente a las autoridades que acusaba, se dirigió al escribano para que consignase sus palabras y le dijo, muy solemnemente: "Escribano o escribanos, notario o notarios que estáis presentes: dad por testimonio, en manera que haga fe, a mí, Martín González, clérigo presbítero, beneficiado en la iglesia catedral de esta ciudad, a cuyo cargo ha sido y es la doctrina y conversión de los indios naturales desta provincia, como digo al ilustre y muy reverendísimo señor don fray Pedro Fernández de la Torre, obispo desta ciudad y provincia, y al muy magnífico señor Francisco de Vergara, gobernador y capitán general destas dichas provincias por Su Majestad, y a los magníficos señores Felipe de Cáceres, contador, Pedro Dorantes, factor, el capitán Juan de Salazar, tesorero, oficiales de Su Majestad, Alonso de Angulo, el capitán Agustín de Campos, alcalde de la Hermandad y ordinarios y a Pedro de Aguilera, Antonio Pasado y Alonso de Valenzuela, regidores desta ciudad, que bien saben e deben saber que puede haber siete meses, poco más o

menos, que yo pedí e requerí a su Reverendísima señoría me diese licencia para ir a avisar a Su Majestad por la parte que a mi mejor me pareciese y así me la otorgó e firmó...". Pero, una cosa es otorgar y otra cosa es hacer posible el otorgamiento. González no podía hacer ese viaje solo, "sin peligro de la vida". Pidió a Gonzalo de Mendoza, teniente de gobernador, "que Dios perdone", y a los oficiales de Su Majestad que le diesen favor y ayuda para avisar a Su Majestad y también diesen licencia "a las personas que tienen mujeres e hijos en España para que pudiesen ir a los amparar y albergar como Dios lo quiere y Su Majestad". Sus mercedes respondieron que a ellos convenía y estaba a su cargo avisar a Su Majestad y que para ello poblaban al puerto y bahía de San Francisco, en el Brasil. González pensó que lo dicho se llevaría a efecto y no replicó; pero como el tiempo pasaba, la población de San Francisco no se efectuó ni Su Majestad fue informado, "pido y requiero a su señoría reverendísima mercedes, una y dos y tres veces y más las de derecho soy obligado... pido y requiero" viesen las Leyes de que hacía demostración y las mandase cumplir y guardar como Su Majestad lo manda para que ninguna persona, de ningún estado ni condición, las quebrantase. Nadie podía sacar persona ninguna sin que lo ordenase el rey, ni llevar ni desnaturalizar los naturales de su tierra. El haberlos llevado había hecho morir a "muchos dellos y otros no pueden volver a sus tierras de que se mueren sus mujeres e hijos o padecen muchos trabajos". Si había varones que de su espontánea voluntad quisiesen ir a otra parte, las personas que los llevasen debían tratarlos muy bien y obligarse, con fianzas, a volverlos a sus naturales. González pedía que el obispo y los oficiales viesen las leyes en las cuales Su Majestad ordenaba que se diese ayuda a quien quisiese avisarlo y, por tanto, le diese favor "para que yo pueda ir a avisar a Su Majestad y a los señores del Real Consejo Chancillería que residen en los reinos del Perú". Asimismo pedía y requería al obispo y a sus mercedes que ordenasen que los casados en España pudiesen ir a sus mujeres e hijos. González se ofrecía a llevar los despachos que el obispo y los oficiales le diesen para presentarlos en la Real Chancillería. También se ofrecía para traer "crisma e óleo con que se pueda administrar los sacramentos que por la falta no se efectúan". Si así no se hiciere,

González “protesto de me quejar de su Señoría e mercedes y a los de su Real Consejo del dicho señor gobernador y oficiales de Su Majestad y de los demás contenidos en este dicho requerimiento de como no cumplen ni se guardan ni quieren hacer guardar ni cumplir las dichas provisiones y leyes reales...”.

Los oficiales no estaban en lo justo cuando decían que ellos enviarían los avisos y despachos al rey, pues el rey mandaba por sus leyes que fuesen a la Audiencia de cada provincia de su distrito y no por reino extraño. Por los tupís no se podía pasar sin hacer guerra. Así les había ocurrido a Hernando de Trejo, al capitán Nufrio de Chaves y a otros. Los tupís habían matado a Gonzalo de Acosta, “de quien tanto ellos querían”. La guerra y muertes eran seguras. González pedía que el obispo, el gobernador y los oficiales reales que encubrían y disimulaban las leyes de Su Majestad, “direte o indirectamente”, respondiesen a su requerimiento. “Los cito y emplazo, una y dos y tres veces y las que de derecho soy obligado”, para que hiciesen observar las dichas leyes. “Requiero a vos, el presente escribano, me lo deis por testimonio y a los presentes ruego me sean testigos”.

El clérigo González hablaba al obispo, al gobernador y a los oficiales reales con palabras que nunca habían oído. Un pobre cura que doctrinaba a los indios tenía el coraje, la audacia, de enfrentarse con las mayores autoridades que dominaban en una ciudad que no pasaba de un poblacho donde se podía hacer desaparecer a cualquier persona en menos de lo que cantaba un gallo. Y seguía:

“Otrosí, pido y requiero a su señoría reverendísima y mercedes que ningún natural así varón como mujer se mande echar ni eche en prisiones algunas ni sean molestados, maltratados por otra vía ninguna como lo han hecho los que han mandado que por algunos españoles les iban a decir algunos naturales no les querían bien servir o les imputaban, ponían causas y podría ser que algunas dellas sino antes para ponerles temor como es así que la tienen del cepo y prisiones porque mediante el gran temor consintiese de los que los tienen a cargo ser por muchos días molestados e les diesen aquello que les pedían e de haberlos echado en el cepo y prisiones se presume y aun los indios lo han dicho, algunos de los naturales haber muerto en que pido y requiero como dicho tengo a vues-

tra señoría reverendísima y mercedes no se permita de hoy en adelante, no siendo que los dichos naturales cometan delitos por do merescan ser castigados, guardándoles las preeminencias que Su Majestad manda que se les guarden como a súbditos y vasallos suyos, pues lo son porque de hoy en adelante me ofrezco cada día a visitar la cárcel para informar desto y de lo demás que fuere del servicio suyo se hiciere y ansí desto como de lo demás por mi pedido. Requerido y pido y requiero al presente escribano me lo de por testimonio y a los presentes sean testigos. Martín González.”

La valentía del clérigo no tenía límites. Acusaba y llevaba virtualmente a los tribunales al obispo, al gobernador y a los oficiales reales de la Asunción. Un humilde sacerdote, que decía misa en la catedral, se levantaba contra el gobierno del Paraguay. No nos explicamos cómo no fue víctima de alguna puñalada en la noche o de una simple prisión a pan y agua. El miércoles, 14 de diciembre de 1556, el contador Felipe de Cáceres, el factor Pedro Dorantes y el capitán tesorero Juan de Salazar, oficiales de Su Majestad, presentaron al escribano una respuesta a lo dicho por Martín González y pidieron que se pusiese juntamente con el requerimiento de González. Dejaban constancia que no consentían en las protestaciones de González. Estuvieron presentes como testigos Gregorio de Leyes y Bartolomé García, estantes en la ciudad.

Estos dos testigos son viejos conocidos del tiempo de la primera fundación de la ciudad del Espíritu Santo, en el puerto de Buenos Aires. Bartolomé García escribió, años antes, una carta famosa en la cual recordaba que iba a gatas por los campos para cazar perdices con las cuales alimentar al adelantado.

La respuesta al requerimiento del padre González fue breve y precisa. Los oficiales reales “decimos quel dicho requerimiento a nos fecho en el dicho caso es impertinente y no nos toca; por dado caso que Su Majestad fuese servido que se hubiese de guardar la observancia y ejecución dellas es a las cancelerías y gobernadores”. En lo que se refería al camino de San Vicente, que según el clérigo González era peligrosísimo por los ataques de los indios tupís, los oficiales reales declaraban que “al presente no hay otra parte por donde más cómoda o buenamente se pueda avisar y así al presente se hace y va a ello

Pedro de Aguilera, regidor, con el cual puede enviar cualesquier despachos que quisiere”.

Los oficiales reales no desmentían las acusaciones del clérigo González. A su entender debía presentarlas en las Cancillerías y no a ellos. No era necesario, a su juicio, trasladarse al Perú para presentar un requerimiento. El camino a la costa del Brasil no ofrecía dificultades y lo iba a transitar, en esos días, Pedro de Aguilera. La historia sabe de muchos conquistadores que se dirigieron al Paraguay desde la costa del Brasil, empezando por Alejo García y recordando, entre otros, a Bartolomé Justiniano, que llevó a Irala su título de gobernador, y las expediciones de Alvar Núñez, doña Mencía Calderón, Ulrich Schmidl, etcétera. El viaje podía hacerse. Tenían razón los oficiales reales; pero un cura solo, en semejante travesía, era una temeridad no aconsejable. Los tupís cometían muertes, como la del intérprete Gonzalo de Acosta, y era preciso ir acompañados por hombres muy armados, con indios amigos y muchas precauciones.

VII

Esta primera parte del gran debate —hoy transformado en polémica histórica— entre un simple cura de la Asunción y las máximas autoridades del Paraguay quedó en suspenso. El cura acusaba; las autoridades decían que el requerimiento era “impertinente”, es decir, que no les correspondía recibirlo. Que el cura se fuese a otra parte con sus quejas. E irse a otra parte era muy difícil. Fuera de la Asunción no existía ningún lugar en donde pedir justicia. Buenos Aires, quemado en 1541. Faltaban veinticuatro años para que el orduñés Juan de Garay fundase otra vez la destruida ciudad del Espíritu Santo, con el nombre de Trinidad, en el puerto de Buenos Aires, y, en esos momentos, nadie pensaba en ello. Había que ir al Perú o España. Si cruzar el Chaco era más que peligroso, cruzar las selvas del Brasil y luego el Océano era otro riesgo que hacía temblar. Martín González estaba solo en una pequeña población que apenas tenía unos cientos de hombres blancos y seis mil mestizos y mestizas, sin contar los indios de los bosques, que entraban y salían a comerciar sus miserias y llenos de miedo por las maldades de los con-

quistadores. ¿Qué hacer? El padre González quiso dejar a la posteridad los nombres de los españoles que habían abusado de las indias, que se las habían llevado a docenas y a cientos a sus casas para vivir con ellas y, sobre todo, para que trabajasen en sus chacras y les diesen de comer, tejiesen sus ropas y criasen hijos. Los fue recordando y empezó a anotar sus nombres y las indias que habían robado. Hizo una primera lista.

“Los más que han dado entre los indios y han traído mujeres e hijas dellos son los siguientes:

Nuflo de Chaves, murió, trujo en veces más de mil. Garcí Rodríguez (García Rodríguez de Vergara), muchas en veces. Alonso Riquel (Riquelme de Guzmán), en Ciudad Real, muchas. Juan Riquel, muchas en veces. El piloto Paiva, muchas en veces. Machín, difunto, más de quinientas. Martín Gutierrez, muchas en veces. Antón Cabrera, matáronlo los indios, muchas. Ruy García, lengua, sobre mil. Andrés de Estamendi, más de mil. Logroño, trujo en veces. Un hijo de Ruy García, lengua, muchas. Diego Ribera, algunas ha traído. Juan Pérez, lengua, más de mil. Lope Ramos, muchas en veces, murió. Porro el Chico y su hermano, muchas. Malaver, muchas en veces. Torres, casado, algunas. Morán, lengua, más de seiscientas. Diego de Leyes, muchas en veces. Diego de Acosta, murió, lengua, más de doscientas. León, lengua, más de quinientas. Diego Sánchez, murió, muchas en veces. Antonio Correa, más de mil. Era lengua. Herrero, algunas en veces. Mota, muchas en veces. Hernando de Salazar, muchas en veces. Hernando Díaz, muchas en veces. Su hijo, mestizo, lengua, más de mil. Pedro Sánchez Polo, muchas en veces. Hernando Salgado, lengua, más de quinientas. Juan Rodríguez, lengua, más de quinientas. Vicente Rodríguez, lengua, más de quinientas. Francisco Pérez Leyton, algunas. Oñate, difunto, más de trescientas. Baltasar Osorio, lengua, más de cien. Salvadorcillo, lengua, más de cien. Richarte, muchas en veces. Juan Martín, lengua, más de mil. Damian Muñoz, muchas en veces. Toranzos, difunto, muchas en veces. El racionero (Juan Lezcano), muchas en veces. Francisco Collantes, muchas en veces, su sobrino. Garcí Doctor, muchas en veces, murió. Juan Riquel, muchas en veces. Vasco Larrea, muchas en veces. Chaparro, algunas. Figueredo, algunas. Burgos, algunas. Pastrana, algunas. Mateo Gómez, algunas. Tristán, al-

gunas. Molina, cautivo, algunas. Martín de Segovia, algunas. Coimbra, muchas en veces. Francisco Rengifo, muchas en veces. Juan de Oñate, muchas en veces. Gonzalo de Mendoza, difunto, más de cien, él y sus criados. Fulano de Rueda, difunto, muchas en veces. Pedro Lapuente, muchas en veces. Francisco Bresciano, difunto, muchas. Juan de Quinta, muchas en veces. Diego Bañuelos, muchas en veces. Bartolomé Lezcano, algunas. Cámara, muchas en veces. Hernán González, algunas. Juan de la Torre, muchas en veces. Sosa, algunas. San Juan, algunas. Bartolomé González, yeguarizo, algunas. Bernabé de Cuenca. . . Francisco Sánchez, algunas. Oviedo, muchas en veces. Pedro Martín, más de dos mil. Es lengua. Diego Martín, su hermano, bien ciento. Sebastián Fernández, muchas en veces. Luis Osorio, algunas. Pierre, difunto, alguna. Cabezas, algunas. Parejo, algunas. Albacán, algunas. Londía, algunas. Juan de Porras, el barbero, algunas. Manuel Camallo, algunas. Amador Méndez, algunas. Fulano Mayrana, difunto, algunas. Matías Hernández, muchas en veces. Vallejo, algunas. Silvestre Sandoval, muchas en veces. Fulano Rocas, algunas. Bartolomé García, muchas en veces. Sahagún, algunas. Castaño, muchas en veces. Córdoba, difunto, algunas. Nicolás, lengua, más de mil. Francisco Morán, muchas en veces. Alonso Martín, muchas en veces. Su hermano, Martín Gutierrez, muchas. González Rodríguez, algunas. Hernán González, muchas en veces. Adame (de Olaberriaga), algunas. Garcí Rodríguez, difunto, muchas. Pedro Sánchez Capilla, muchas en veces. Escaso, muchas en veces. Puente, muchas en veces. Gonzalo Casco, algunas. Gaspar Gutierrez, muchas en veces. Juan de Porras, el Mozo, algunas. Fulano de Roca, muchas en veces. Agustín de Campos, enviaba mozos. Francisco Campos, trujo, muchas en veces. Melchior Pardo, muchas en veces. Pedro Méndez, muchas en veces. Jiménez, el Cazador, muchas en veces. Francisco Jiménez, algunas. Juan Jiménez, su hermano, algunas. Antonio Debora, algunas. Juan de Burgos, algunas. Juan Domínguez, muchas en veces. Aguilera, difunto, muchas en veces. Maldonado, algunas. Caravajal. . . Luis de Mérida, lengua, más de mil. Pedro Gallego, muchas en veces, difunto. Fulano Carrasco, muchas en veces. Cortés, algunas. Vozmediano, algunas. Francisco Díaz, muchas en veces. Melchior Díaz, muchas en veces. Ortiz, curador, algunas. Fulano

Madrid, algunas. Andrea, muchas en veces. León, criado del obispo, muchas. Santander, algunas. Fulano, notario, suegro de Gaitán... Fulano Campos, muchas en veces. Su hermano suyo, ni más ni menos. Hernando Alonso, difunto, muchas en veces. Fulano Grijalba, algunas. Fulano Bravo, muchas en veces. Torres, que después se ordenó, algunas. Barrado, muchas en veces. Fulano Miranda, muchas en veces. Martín, notario, difunto, muchas en veces. Andrés López, muchas en veces. Maese Diego, muchas en veces. Alvar Sánchez, algunas. Francisco Martín, difunto, algunas. Alcanas. Justiniano, algunas. Pedro Navarro, muchas en veces. Juan Cerrudo, algunas. Alcaraz, algunas. Sotelo, algunas. Gabriel Méndez, algunas. Juan Vizcaino, calderero, algunas. Trinidad, algunas. Agustín de Ventimilla, muchas en veces. Simón Jaques, algunas. Ortigosa, algunas. Bravo, alguacil, algunas. Cepeda, algunas. Gonzalo de Ayala, algunas. Montoya, muchas en veces. Alonso de Ortega, más de quinientas. Tovalina, muchas en veces. Matorras, algunas. Pedro de Génova, muchas en veces. Gaspar Méndez, muchas en veces. Gaspar de la Rocha, algunas. Cristóbal Rodríguez, algunas. Oviedo, muchas en veces, murió. Durán, muchas en veces. Blas Núñez, muchas en veces. Santiago, trompeta, muchas en veces. Grijalba, algunas. Agustín Antón, algunas. Juan Chico, muchas en veces. Juan de Fustes, algunas. Juan Cerrudo, muchas en veces. Fulano Padilla, difundo, muchas. Barón, algunas. Rosales, algunas. Cristóbal Alonso, algunas. Francisco Timón, algunas. Juan de Castro, difunto, muchas en veces. Flores, muchas en veces, murió. Su hermano, muchas, murió. Amarilla, algunas. Porcuna, muchas en veces. Pedro de Segura, muchas en veces. Ochoa, algunas.

Es una lista muy extensa. Hay en ella unos doscientos cinco nombres. Doscientos conquistadores que trajeron miles de indias desde sus hogares, en los bosques o campos, a la Asunción, para cohabitar con ellas o trabajar en sus granjerías. ¿Cómo era la existencia de estas mujeres y sus infelices maridos, hermanos e hijos, en manos de los primeros pobladores del Paraguay? El clérigo Martín González empieza a referírnosla.

VIII

Domingo de Irala, el patriarca de la Asunción, fue el fundador del pueblo hispano-guaraní y el organizador del Paraíso de Mahoma. El clérigo Martín González nos cuenta que cuando Irala mandaba la tierra y salía a explorar las llanuras llevaba españoles consigo y él y los que con él iban traían grandes cantidades de indias. Cuando fue a la entrada de los Tamacocis, en los confines del Chaco, "él y los que fueron con él trajeron más de cuatro o cinco mil ánimas, varones y mujeres, sin muchas más que se llevaron los indios a sus tierras". Los que fueron con Nufrio de Chaves y volvieron del misterioso lago de los Xarayes, donde alguna vez se dijo que se hallaba El Dorado, "trajeron muchas y así y así yéndoles a dar guerra a los indios las han tomado en ella muchas indias en cantidad". Además de los conquistadores cuya nómina hemos leído, "han traído otros muchos más españoles entre los naturales y les han traído muchas mujeres". Eran "indias grandes y pequeñas". Muchas estaban paridas y preferían seguir a sus hermanas que estaban con los españoles. También esperaban que sus amos las diesen en casamiento. Los indios varones pedían "las mujeres e hijas por fuerza, y los demás no las osan hacer ninguna cosa por saber que eran cuñadas de los españoles como en efecto se las llama así (tobayá) y deste nombre han traído gran cantidad".

Algunos españoles no iban ellos mismos a buscar indias. Enviaban a sus hijos mestizos. A estos mestizos los otros indios "no les osan tocar ni matar porque saben que les han de dar guerra y destruirlos y matarlos como tengo dicho en mi memorial". Después que se repartió la tierra en encomiendas, cada encomendero conocía a sus indios y cuando quería llamar al cacique "con temores y palabras que les dicen los hacen traer mujeres que les piden, y cuando muere el cacique o cualquier otro indio, algunos de los españoles envían por ellas, y por estas maneras y otras muchas, por la cuenta que he tenido en los males que se han hecho con la tierra, hallo por mi cuenta, que antes son más de cien mil indias las quitadas y traídas de los naturales, y si vuestra alteza es servido de querer ser informado al presente de algunos de los que aquí están della o de todos ellos, dirán mucho de lo que yo digo

en especial Pedro Morel, que ha estado más y ahora, después de haber salido yo a las provincias de los reinos del Perú, fue Juan Ortega con españoles de río arriba y trujeron mil y más indias y queda levantada aquella tierra por ello y si vuestra alteza fuere servido, yo daré más causas por donde han traído estas indias”.

Martín González recordó otros españoles que habían quitado a los naturales “sus mujeres e hijas y han cometido parte de las cosas que dicho tengo”. Quería que el rey supiese sus nombres. Había otros que no habían ido ellos mismos a buscar mujeres, pero eran hijas de los indios que tenían en sus casas y llamaban cuñados. Sus nombres eran:

Alvar Sánchez, mil en veces. Don Diego, hijo de Francisco. Don Diego. Juan Vizcaino. Hernando de la Cueva. Juan Rodríguez, bancalero. Leonardo, atambor. Molina. Pedro Gallego. Carranza. Luis Alegre, lengua, más de mil en veces. Consejo. Cortés. Guiles. Collado, más de cinco. Gaspar de las Rochas, más de cuatro. Asensio Romero. Antofieto. Miguel Botar. Juan Martín de Andrés Hernández. Iñigo, mozo de Palomino. Uno que dicen Fraile. Marrufo. Torrencianes. Barrera. Espinosa, cazador. Maese Miguel, herrero. Luis de Mérida. Juan Ramos. Luis Pato. Ratonero. Antonio Tomás, menestril. Juan Jara. Espinar. Juan Cobo. Fariña. Pedro de Castro. Aguilar, su hijo. Araoz. Sepúlveda. Gamacho. Salinas. Aguayo. Alejo, mestizo, lengua, cuatro. Francisco de Piña. Jacome Flamenco. Pedro de Molina. Francisco Romero.

El clérigo González no se acordaba de otras personas. Muchas habían muerto “y otros, que son vivos, están olvidados”. Hacía quince años que había salido del Paraguay. No obstante, mencionaría otros que, “aunque ellos no han ido entre los indios, han enviado las personas que dicho tengo y han cometido algunas de las cosas que dicho tengo, unos en unas han caído y otros en otras”. Eran los que siguen:

Felipe de Cáceres ha enviado indios por la tierra, ha traído en cantidad. El factor Pedro Dorantes. Andrés Hernández. Valenzuela. Antonio Pasado. Hernandarias. Pedro Sánchez Maduro. Bartolomé González. Juan Delgado. Martín Juárez. Ramírez. Francisco Vergara. Valdores. Pedro Hernández. Juan Portugués. Lope los Ríos. Braciano, el mayor. Francisco Ribero. Pedro Franco. Pedro Corral.

Juan Romero. Gregorio Dacosta. Esquivel. Fulano vecino.

No mencionaba otros nombres porque le parecían suficientes los nombrados y porque muchos habían muerto y otros estaban fuera de la tierra. González calculaba que eran más de mil quinientos hombres los que habían entrado en la tierra desde la llegada de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y los que quedaban de los tiempos de don Pedro de Mendoza. "Muy pocos habrá que no sean culpables en lo dicho y quiero declarar las personas que al presente están en Castilla y en esta corte."

Vienen acusaciones concretas, con nombre y apellido de los inculpados y lo que habían hecho:

"A Pedro de Molina le trajeron indias que dejó cuando se vino y las maltrataba. Pedro Díaz Matajudíos es uno de los que han cometido parte de lo que dicho tengo. Pedro Morel enviaba indios por la tierra y traían indias y las trataba mal y le dieron indias su suegro cuando se casó. Andrés de Montalvo enviaba indias de su casa e indios por entre los más indios traían indias y azotaba algunas veces las indias que tenía".

IX

Los pasos de Martín González se pierden un poco en estos años. Fue al Alto Perú, volvió a España por Bogotá y La Habana. El 2 de junio de 1574 lo encontramos en la ciudad de Ponta Delgada, "nas pousadas do senhor bacharel Ascanio Gonçalvez, uidor do eclesiástico nesta ilha de San Miguel pello muito ilustre e reverendíssimo senhor don Gaspar de Farías, por merced de Deu e da Santa Igreja de Roma, bispo de Angra e ilhas dos Azores, do conselho del rey, nosso senhor..." Ante él y un escribano apareció el clérigo Martín González, castellano, y presentó una petición con un interrogatorio para preguntar a un testigo que vivía "nesta dita cidade".

Martín González empezó por declarar que "podrá haber siete años más o menos que yo salí de las dichas provincias (del Paraguay) con el señor obispo dellas y el gobernador y con otros españoles más y naturales por la vía de los Charcas y reino del Perú, con más ir a visitar a Su Majestad a los reinos de España y de cosas que convienen

al servicio de Dios, Nuestro Señor, y al descargo de su real conciencia. . .”

Sabemos que González, junto con el obispo que juraba no parar hasta encontrar las Amazonas, el gobernador y otros conquistadores, terminó por llegar al Perú. Aquí tuvo noticias que los naturales del Río de la Plata, después de su partida, habían muerto al teniente de gobernador que había quedado en la Asunción. También se dijo que el obispo había sido asesinado por los indios en su viaje de regreso al Paraguay. Nada de esto había ocurrido. González se quedó en el Alto Perú. Entonces González hizo informaciones de lo que él había hecho en el Paraguay, ante notarios y escribanos, en bien de los indios, para que el rey de España supiese lo que ocurría en esas regiones. González se consideraba capaz de detener cualquier sublevación de los indios por los buenos tratos que tenía con ellos. Pensaba regresar a las provincias del Paraguay, pero antes quería aprovechar la presencia de un testigo que se hallaba en esa ciudad de San Miguel. Para ello preparó un interrogatorio, al cual debía contestar el testigo y era el siguiente:

Si conocía al Padre Martín González, desde cuánto tiempo, y si lo había visto siempre vivir honestamente, conforme a su hábito y orden; si sabe que cuando llegaron, desde la costa del Brasil y la población de San Vicente, unas provisiones del rey Felipe II, que mandaban poner remedio a las cosas de la tierra, “Domingo de Irala envió a Nufrio de Chaves con más españoles y muchos indios a que diesen de noche en los pueblos de los indios tupís, vasallos del rey de Portugal, para cerrar la puerta, que no pudiesen pasar más provisiones ni recaudos mandados por Su Majestad, y que si sabe que los indios dichos tupís estaban muy de paces, que iba y venía un cristiano español, y que si sabe que estando durmiendo el dicho Nufrio de Chaves con los más en pueblos de los tupís de paces dieron en ellos y mataron y prendieron a muchos y los indios que llevaban consigo comieron dellos como tienen de costumbre”; si sabe que la mujer de Francisco de Sanabria, viuda, desembarcó en la costa del Brasil para poblar con Hernando de Trejo, el tesorero Salazar y otras personas, pero no pudieron sostenerse por falta de comida y enfermedades, por lo cual dejaron el puerto y se fueron a la Asunción, a vivir con los demás, y los indios

tupís, que estaban de paz, “los servían y daban y traían de comer y así llevaron donde todos murieron”, y si sabe que otra vez, Ruy Díaz, por mandado de su hermano Francisco de Vergara, gobernador, “dio e hizo guerra a los dichos tupís y mató muy muchos dellos y comieron los indios que llevaban contrarios...”

El propósito del Padre Martín González era el de demostrar que el camino entre la Asunción y la costa del Brasil era transitable. Podía recorrerlo, a través de las selvas y llanuras, un hombre solo; pero Irala y otros capitanes sublevaron a los indios tupís con sus injustas persecuciones y los indios, antropófagos, hicieron imposible andar por ese camino. El fin de Irala era el de impedir que los conquistadores de la Asunción se fuesen del Paraguay y el país quedase despoblado, abandonado.

El clérigo González quiso avisar al rey de España de lo que allí ocurría; pero en el Paraguay prefirieron, para cumplir sus intenciones, “enviar a Ruy Díaz Melgarejo, hermano de Francisco de Vergara, gobernador, por la vía de San Vicente”.

Mientras iban en canoas, río arriba, salieron indios tupís y mataron nueve españoles y más de ochocientos indios de los que llevaban, amigos de la nación del Río de la Plata, “que les iban vogando y remando las canoas en que iban y llevaban sus mercaderías”. Los españoles buscaban y querían traer por fuerza a las vacas que tenían los portugueses en la costa del Brasil, en San Vicente. Así se dijo entonces, públicamente. No era para avisar al rey de España, sino para hacer esa correría y vender indios e indias “como lo tenían antes de costumbre”. Los españoles, a causa de los tupís, tuvieron que volver “y quebraron más de setenta canos porque no había indios que los volvieran porque los mataron los dichos tupís...”

Son revelaciones, sin duda auténticas, de los tratos que hacían e intentaban hacer los conquistadores del Paraguay: robar vacas a los portugueses y venderles indios guaraníes. Cuando Martín González comprendió que los españoles de la Asunción no querían avisar al rey por la vía de San Vicente, ni poblar en San Francisco, tomó una decisión extrema. Los españoles “decían que la querían poblar y lo pregonaban debajo de cautela para cumplir con Su Majestad y no para efectuarlo...” Era la política aislacionista de Irala en el Paraguay que hizo perder a Es-

pañía, en esta parte de América, a la provincia del Paraguay, primero, y a la república, más tarde, nada menos que las tierras de Río Grande del Sud hasta la costa del Atlántico. Política equivocada, que impidió el posible despoblamiento del Paraguay, pero que le quitó su expansión hasta el Océano. Dice González: "Me determiné de querer con indios que habían ido y venido a las sierras del Perú a dar guerra a los indios de ella y con algunos españoles a dar cuenta a Su Majestad de lo que pasaba en aquellas provincias y sabido por el obispo me prendió, y Francisco de Vergara, a los legos". González fracasó en su intento. En la Asunción determinaron en el Cabildo enviar a Cristóbal de Saavedra, con unos españoles, por la vía del Itatín con sus despachos. González hizo el viaje con ellos y logró que los indios les saliesen de paz, les diesen de comer y no se levantasen. Los españoles, en cambio, "les dieron gran causa para que se alzasen, con grandes maltratamientos que les hicieron, demás de comerles todos sus bastimentos".

El Río de la Plata —así llamaba González al Río Paraguay— estaba muy crecido, "anegaba muy gran parte de la tierra", no podía cruzarse y, por falta de bastimentos, los españoles empezaron a volverse. El padre González estuvo dos años entre los indios para que "no se dispartiesen, ni alejasen sus heredades y casas y se metiesen en los bosques, como tienen de costumbre apartarse de los caminos por do saben que han de volver los españoles porque no les vuelvan a tomar lo que tienen y hubieren nuevamente adquirido".

González hizo preguntar al testigo si sabía muy bien que los indios lo obedecían porque él los doctrinaba, bautizaba y "volvía por ellos que no les quitasen sus hijos y mujeres y no se les hiciesen los agravios y maltratamientos que se les hacían". Venían de cincuenta leguas, de cien y de ciento cincuenta a bautizarse, "como era desde Itatín y de otras partes muy gran cantidad dellos con sus mujeres y trayendo sus hijos a cuestras y los viejos y viejas con los bordones, muriéndose por los caminos, los unos y los otros, muchos de hambre..." Todo lo hacían por Dios y "por el amor que me tenían por lo que dicho tengo y no por interesar ninguna cosa con ellos, antes les daba de comer y los albergaba y recogía en mi casa y les daba lo necesario..."

Esta información testimonial es en muchas partes, una repetición de otra que hizo anteriormente. Por ello quiere dejar constancia que los indios del Paraguay “no tienen ningún rito ni idolatría ni adoración ninguna del sol, ni luna, ni de otra cosa ninguna, y que son amigos de saber la palabra de Dios y entenderla, y se confiesan y disciplinan el jueves santo gran cantidad dellos, así varones como mujeres...”

Nufrio de Chaves pobló entre los indios tamacocis “con hasta treinta o cuarenta españoles que estaban con él”. Luego llegó el Padre González con cuatrocientos indios amigos. Los tamacocis y los chiriguanoos estaban de guerra. “La misma noche que yo llegué dieron los indios tamacocis en nosotros y si no fuera después de Dios por los indios que yo había llevado para socorro de los cristianos, los mataran a todos aquella noche... Después vinieron los chiriguanoos otra noche y dieron en nosotros y después de Dios fue causa que no nos mataran a todos una palizada que yo di orden que se hizo y yo mismo traía los palos a cuestras para hacer mi parte...”

El clérigo Martín González quiso confirmar lo que había hecho constar en otras oportunidades: el buen concepto que de él tenían todos los pobladores del Paraguay, empezando por los indios. Suponía que estaba en condiciones de aplazar cualquier levantamiento indígena que ocurriese en contra de los españoles.

Los indios no tenían amor a sus tierras. “Tanto se les da estar y vivir en unas partes como en otras por ser gente que no tienen posesiones, desnuda”. Más españoles iban a aquella tierra “es más daño para los dichos indios y para que más se levanten porque luego procuran los que van de traer y comprar indios a los que allá están vecinos. Para este efecto las quitan a los indios y para dar a sus hijas en casamiento”. Los indios, para evitar estos hechos, “se meterán en los bosques adonde no los hallen y se pierdan sus ánimas...” Había unos mil quinientos mestizos de diez, doce años arriba y otras tantas mestizas. Todos estaban muy bien con el Padre González.

El interrogatorio se llevó a cabo el día 2 de junio de 1564, en la ciudad de Ponta Delgada, en la isla de San Miguel de las Azores y en la posada del bachiller Asensio Gonçalves. El testigo era Johao Vaz, ermitaño del hábito de San Paulo, primer ermitaño, natural de la ciu-

dad de Lamego (Limega), que se hallaba en Ponta Delgada. Juró decir la verdad y juró sobre los Santos Evangelios con su mano derecha. Dijo haber conocido en la Asunción al clérigo González, beneficiado de la iglesia mayor, en el año 1559. Tuvo con él conversación durante siete años y siempre lo vio vivir muy virtuosamente, "benquisto con todos, dando de si muito booo exemplo conforme a suas orden e habito sacerdotal". Era cierto que Nufrio de Chaves "con muita gente espanhola e grande poder de indios iren a hazer una guerra contra os tupís que son indios de conquista del rey de Portugal, o cual Nufrio de Chaves decía que ia a aquella empresa por mandado del gobernador Domingo de Irala, fundado en malicia, a fin de perturbar o caminho para que por aquellas partes nao podessem mais pasar poderes del rey don. Felipe. . ."

Los indios estaban muy pacíficos; pero Nufrio de Chaves, con su compañía, tomó a los tupís descuidados "e matou muitos delles e prendao muitos homes e mulheres, moços e moças, de todas idades". El testigo "vio por seus olhos" cómo volvió Nufrio de Chaves río abajo después de estos hechos, y sabe que "naquellas partes ha costume entre os indios comerense huns a os outros".

El ermitaño consignó que era verdad todo lo que González había preguntado acerca de la viuda de Francisco de Sanabria, doña Mencia Calderón. Igualmente era cierto que cometieron muchos malos tratamientos con los indios tupís y que el Ruy Díaz, hermano de Francisco de Vergara, que sucedió como gobernador a Domingo de Irala, hizo la guerra a los tupís, mató "muitos tupís e tomao muitas mulheres e muitos moços e moças que levou cautivos para o dito Río de la Plata (el Paraguay), e os indios de companhia do dito Ruy Díaz comerao muitos indios tupís como ten por costume fazeran a seus inimigos, e esta matança e crueldade vio elle testemunho por seus olhos, mao nao sabe se foy por comisao ou mandado do dito gouernador Francisco de Vergara".

También era verdad que yendo Ruy Díaz Melgarejo por un río arriba que se llama Paraná Panema en muchas canoas que vogaban gran suma de indios, los tupís les mataron nueve españoles y unos ochocientos indios. Melgarejo tuvo que volver y el camino al Atlántico quedó cerrado, "de manera que nunque mais os ditos tupís quisicaro dar pasada ne moicheita a cristiao nengun". La

intención que llevaba Ruy Díaz Melgarejo era robar las vacas de los portugueses en la capitanía de San Vicente, donde el testigo "era morador e tinha sua molher e filhos". El propósito de Ruy Díaz Melgarejo era públicamente conocido. No obstante, Melgarejo lanzó fama que iba a San Vicente a avisar al rey don Felipe de lo que pasaba en aquellas partes del Río de la Plata "por escusar a ida do Perú que se decía que o suplicante Martín González conselaua e requería que se fiziese por aquella vía dar aviso a Su Magestad".

El testigo ermitaño se encontró con el clérigo González cuando Francisco de Vergara le dio gente española, mandada por Cristóbal de Saavedra, unos cincuenta hombres, para que fuesen al Perú. Llegaron al Itatín y los indios los recibieron de paz porque conocían al padre González y lo llamaban Pay Martín. Los españoles hicieron crueldades a los indios y éstos se levantaron. Fue el clérigo González quien logró apaciguarlos, con sus dádivas y buenas palabras. Así pudieron andar unas ciento cincuenta leguas.

El Río de la Plata (así llamaban al río Paraguay) estaba desbordado más de doce o quince leguas. Por ello tuvieron que volver a la Asunción. Martín González se detuvo en el Itatín y logró que los indios no se alejasen de sus tierras. Permaneció en ese lugar junto con un portugués llamado Francisco Peres por espacio de dos años. Los adoctrinaron y enseñaron en las cosas de la fe. Los españoles cometían abusos con los indios que estaban a punto de levantarse y el clérigo González los aplacaba y vivía con gran peligro. Saítamos las partes de la declaración del ermitaño Joaho Vas, extensas y llenas de repeticiones, que ya conocemos por las preguntas que puso el clérigo González. El testigo las confirmó. Imposible dudar del crédito que González tenía entre los indios. Era su protector y benefactor. Nadie lo ignoraba ni dudaba. Si los indios se levantaban él era el único que podía apaciguarlos y evitar enormes desastres. Venían de tierras lejanas a recibir su bautismo y escuchar su palabra. No tenían creencias religiosas y se mostraban muy dispuestos a recibir las enseñanzas de la religión cristiana. Verdad era todo lo que González había preguntado acerca de las andanzas de Nufrio de Chaves entre los tamacocis. Los indios no tenían amor a sus tierras y sólo el Padre Gonzá-

lez los había mantenido fijos en sus lugares de origen. Él era el único que podía evitar sublevaciones de los indígenas. Los españoles tomaban a los indios, para su servicio, a sus mujeres e hijas. Por ello se escondían en los bosques y en las breñas. Por último, el ermitaño Joah Vas recordó que cuando él salió del Paraguay, en el año 1564, "avería pasante de dous mil mestiços, pouque mais o menos, machos e femeas".

Con este testimonio, de un hombre que había dejado su hogar, sin duda por haber enviudado, para vivir como ermitaño en una isla de las Azores, el clérigo Martín González pensó que tendría una prueba más para hacer valer sus denuncias, en bien de los indios del Paraguay, en la corte del rey Felipe II y allí se encaminó (Archivo General de Indias, de Sevilla: 75-6-2.0 y Colección Gaspar García Viñas, en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, Sala Paul Groussac, tomo 83, documento 1 de este tomo).

X

Martín González estaba en Madrid. Era el año 1575. Faltaban cinco para que Garay repoblase la ciudad del Espíritu Santo en el puerto de Buenos Aires y le diese el nombre de Trinidad. En el Alto Perú eran muchas las voces que pedían esa repoblación. González había abandonado la Asunción unos quince años antes, allá por el 1560. Pocas noticias llegaban del lejano Paraguay, pero él no perdía sus recuerdos. Exigía justicia. Evocaba a las pobres indias víctimas de la lujuria y de la avaricia de los conquistadores que las usaban para sus desahogos y sus trabajos. Bestias de amor y de carga que él hubiera querido ver bien tratadas y doctrinadas. No iba a dejarlas perder en aquel Paraíso de Mahoma que en realidad era un Infierno de Satanás. Presentó los documentos que hemos glosado, como un memorial, a los señores del Consejo de Indias. No le hicieron caso. Tenían razón el obispo, el gobernador y los oficiales reales de la Asunción cuando le decían que los señores del Consejo tiraban por ahí las cartas y quejas que recibían de América. Pensaba luchar mientras viviese. A comienzos de 1575 presentó otro memorial. Era más tremendo que los anteriores. Entraba en detalles que antes no había especificado. Tratamos de

reproducirlo en sus párrafos más sobresalientes, sin modificar palabras, para que la voz del clérigo llegue a nosotros con su serenidad y su emoción. Decía:

“Martín González, clérigo presbítero, a presente en esta Corte, digo que yo dí un memorial a los de Vuestro Real Consejo de Indias haciendo relación entre otras cosas cómo los españoles habitantes en las provincias de aquella tierra y provincias del Río de la Plata habían traído más de cien mil indias de los lugares de aquellas provincias y quitándoselas por fuerza a los naturales dellas y de las crueldades que habían usado y usaban lo cual se verificará y constará a Vuestra Alteza por cierta información hecha por el obispo de dichas provincias en el año pasado de quinientos cincuenta y siete años que es esta de que hago presentación que está firmada y signada de Gaspar de Ortigosa, notario apostólico, por donde parece que hasta aquel tiempo los dichos españoles habían traído e quitado cincuenta mil indias a los dichos naturales y de las grandes y terribles crueldades que con ellos y con las dichas indias usaban y habiendo después acá entrado mucha más gente de españoles en aquella tierra, así de los que entraron con el dicho obispo, como de los que fueron con la mujer de Francisco de Sanabria, el Viejo, que iba por gobernador de aquella provincia, sin otros muchos que han entrado del Perú con Nufrio de Chaves, y aumentándose con ellos otros dos pueblos más de españoles, allende de los de la dicha ciudad de la Asunción, continuando su mal ánimo e ruin intención, han traído e quitado más de otras cincuenta mil indias y hecho con ellas y con los dichos naturales, a quien se las quitaron, grandes crueldades, y pues quinientos españoles que antes había en la dicha ciudad al tiempo que se hizo la dicha información fueron bastantes para robar e quitar las cincuenta mil indias, de creer es que habiéndose aumentado y entrado más gente española con más los mestizos que han desprendido de los padres, habrán traído y quitado más de otras cincuenta mil en el tiempo que han pasado después y en tanta distancia de tierra como hay de donde las dichas indias se han sacado que eran más de doscientas leguas hacia la mar, donde está el pueblo e ciudad... (roto)... y más otras doscientas hacia la parte del Perú, donde cae la ciudad de Santa Cruz, de lo cual todo yo tuve cuenta por haber de hacer relación dello en cierta

obra que hacía, donde era necesario especificar el número de las dichas indias y de las crueldades que con ellas usaban y allende lo que por la dicha información parece y se averiguó hasta el dicho año de cincuenta y siete, siendo necesario verificar mucha parte de lo que después acá y antes había pasado con algunos testigos que están en esta Corte y en otro reino, dándose lugar para ello, los cuales podrían decir por haberlo visto y oído decir en aquella tierra muy continuamente y en dar aviso. En mi no ha habido negligencia ni descuido, ni he podido más, porque con Andrés de Montalvo, que al presente está en esta Corte, cuando vino de aquella tierra yo escribí y di relación a los del Vuestro Consejo y dí y entregué el libro y obra que cerca de esto tenía hecho a él o a Fulano de Escobar, con quien asimismo escribí porque viniesen duplicadas las cartas, y en mi venida no he podido poner más diligencias como tengo declarado en el dicho y confesión que se me tomó, porque le pido e suplico a Vuestra Alteza mande ver la dicha información que de nuevo presento y dar lugar para que se pueda examinar más testigos acerca de lo suso dicho, siendo necesario para mayor comprobación de lo que arriba está dicho acerca de las crueldades y robos de las dichas indias para que se junte y se haga relación de todo ello y se ponga el remedio que convenga e pido justicia y para ello, etcétera” (Hay una rúbrica).

Este escrito, que hemos reproducido íntegramente, fue leído en el Consejo de Indias. El licenciado Ayala, con su firma, proveyó lo siguiente: “Que Martín González se vaya y que se proveerá lo que conviene”. Más adelante, como veremos, tomaría otras resoluciones.

Hemos leído la representación del clérigo Martín González. Clamaba justicia, un mejor trato para las pobres indias, tan ultrajadas y maltratadas por los españoles. Pronto entraremos, con el resto de la relación del Padre González, en los detalles de la vida horrorosa que, según él, llevaban esas infelices. Ahora debemos detenernos en los puntos fundamentales, principalísimos, que destacaba el Padre González. Son estos: quinientos españoles que, en un principio, había en la Asunción, con la arribada de nuevas expediciones pudieron llegar a mil o poco más. Estos mil hombres, en un cortísimo tiempo, trajeron a la Asunción, para su servicio, desde las tierras vecinas, primero unas cincuenta mil indias y, poco después, otras cin-

cuenta mil. Es decir: había en la Asunción unas cien mil indias, sin contar los indios y los mestizos que, según González, pasaban de seis mil. Pues bien: todo lector sabe qué importancia tiene y tenía una ciudad con más de cien mil habitantes. Lo absurdo de esta cifra hace sonreír si se piensa que el noventa y nueve por ciento de los pobladores de esta ciudad imaginaria eran mujeres y sólo el uno por ciento hombres. Las ciudades de Europa, con siglos de existencia, catedrales, castillos, palacios, casas de piedra, admirablemente construidas, no llegaban, las más pobladas, a cien mil habitantes y pocas las sobrepasaban. Sevilla, en el siglo xvi, en su esplendor, apenas alcanzó los cien mil habitantes. Además hay que preguntarse dónde vivían cien mil mujeres desnudas en la Asunción, al aire libre, sin techos que las cobijasen, y qué comían tantas bocas famélicas. Alimentar a más de cien mil personas, todas reunidas en los estrechos límites de un poblacho colonial que, como máximo no llegaba a los mil habitantes blancos, no es tarea fácil, por no decir imposible. No había grandes extensiones de tierra cultivada, no había ganados en abundancia. No había importaciones de alimentos. Todo se nos presenta, de golpe, como algo absurdo o inconcebible. ¿Qué ciudades de América tenían, en el siglo xvi, cien mil habitantes? ¿Cuánto tardó Buenos Aires, con su intenso comercio, en alcanzar cien mil habitantes? En los sucesos de mayo de 1810 oscilaba entre cincuenta y sesenta mil y era considerada una ciudad muy poblada, rica y poderosa.

Nosotros podemos saber, en forma perfecta, con la documentación reunida en nuestros libros sobre el Paraguay publicados en 1931, cuál fue el crecimiento de su población en la ciudad de Asunción desde su fundación hasta los años de Martín González. Sintetizamos: Juan de Salazar fundó el fuerte, el 15 de agosto de 1537, con cincuenta y siete hombres. A mediados de septiembre, Salazar bajó a Buenos Aires y Gonzalo de Mendoza se quedó con veinte hombres. En febrero de 1538 Salazar volvió a la Asunción con Francisco Ruiz Galán y unos doscientos conquistadores. Al mismo tiempo llegó Irala, desde la Candelaria, con treinta y un hombres. Los conquistadores llegaron a doscientos cincuenta o sesenta, a lo sumo. En el mes de abril, Ruiz Galán e Irala dejaron la Asunción y Salazar se quedó con unos cincuenta hombres. Al poco tiempo, Irala volvió por tercera vez a la Asunción y los po-

bladores se elevaron a ochenta y uno. En junio de 1539 llegó a la Asunción Alonso Cabrera con unos doscientos o doscientos cincuenta hombres. Los habitantes fueron, en ese momento, trescientos treinta hombres a lo sumo. Cincuenta hombres murieron en una salida de Juan de Ortega contra los indios y los pobladores descendieron a doscientos ochenta. Destruída Buenos Aires en 1541 y reunidos sus fundadores en la Asunción, los habitantes no pasaron de trescientos cincuenta. Según Schmidl (Capítulo XX) una mujer costaba una camisa o un cuchillo de cortar pan o un anzuelo u otra baratija. Según Irala, en 1541, los españoles tenían para su servicio, como mujeres propias, más de setecientas indias. En 1545, el capellán Francisco González Paniagua refería que cada español tenía cinco, seis, treinta, cuarenta y hasta setenta mujeres. Otros testimonios confirman que los españoles vendían unos a los otros las indias que tenían en su poder. El clérigo Francisco de Andrada atestiguaba que, en 1545, en la Asunción había unos quinientos hijos de cristianos y de indias. Otros testimonios elevaban esa suma a seiscientos niños. En 1542, con la llegada de Alvar Núñez y sus trescientos cincuenta hombres escasos, los pobladores de la Asunción fueron unos seiscientos cincuenta.

Las casas eran de tierra apisonada, con techos de paja. En la ciudad había una iglesia mayor, dos monasterios y una ermita. En 1545 había unos diez o doce clérigos. El clérigo Juan Gabriel de Lezcano compuso una farsa en que atacaba y ridiculizaba a Alvar Núñez y, para que se entendiese mejor, él mismo se disfrazó de pastor. Los clérigos estaban enemistados entre sí y denunciaban sus concubinos con indias y las ventas que hacían de las mismas.

El primero de abril de 1556 llegó el obispo fray Pedro Fernández de la Torre con dos sobrinas y unos pocos conquistadores. El 10 de abril de 1556, el clérigo Juan de Salazar escribía que "la casa que edificó el capitán Salazar es un pueblo de más de quinientos hombres y más de quinientas mil turbaciones". Según Pedro de Orantes, en una probanza, después de la prisión de Alvar Núñez, quedaron en la Asunción unos quinientos cincuenta hombres medianamente aderezados. Juan Muñoz de Carvajal, en 1556, escribía que los conquistadores traían manadas de mujeres para su servicio, "como quien va a una feria y trae una manada de ovejas". En total, los españoles habrían hecho

peñecer en la tierra más de veinte mil ánimas. Los repartimientos de Irala, del 14 de marzo de 1556, no concedían a los españoles más de veinte, treinta y cuarenta indios. No es posible que tuviesen cientos o miles de indias además de esos pocos indios. En tiempos de Martín González no había en la Asunción más de quinientos cincuenta españoles. La cifra que hemos dado de unos mil españoles no podemos probarla con documentos y la exponemos como una remota posibilidad. El sabio historiador paraguayo, doctor Fulgencio R. Moreno, con quien tanto hablamos de estos temas, en sus estudios sobre la ciudad de Asunción da a esta ciudad, entre 1560 y 1565 unos "trescientos vecinos y más de dos mil novecientos hijos de españoles e indias", además de muchas mujeres de la tierra. Ramírez de Velazco, a fines del siglo xvi, afirmaba en sus ordenanzas que en la Asunción vivían doscientos españoles y dos mil mujeres. No habla del número de sus hijos. Sus datos no son exactos. El jesuita Nicolás Durán, en 1637, en un informe al conde de Chinchón, decía que en la Asunción vivían unas mil personas, entre hombres y mujeres. En cambio, Antonio Ruiz de Montoya, en su *Conquista espiritual*, elevaba los habitantes a unos cuatro mil. Era "voz común que, para un hombre, había diez mujeres".

Es indudable que el clérigo Martín González generalizó hechos aislados, delitos individuales, de una persona, en hábitos colectivos, de todo un pueblo. Por otra parte, había unos miles (seis mil, según González) de mestizos y mestizas, hijos de españoles e indias. Estos seis mil jóvenes que veían torturar a sus madres no se rebelaron, en ningún instante, contra mucho menos de mil españoles que les hacían tantos daños. Todo se presenta como poco creíble y, con una crítica elemental, como muy difícil de haber podido existir.

XI

El historiador que está frente a documentos que despiertan dudas (el documento auténtico, pero no verídico) debe preguntarse porqué fueron escritos, qué fines se persiguieron con ellos, qué causas, generalmente personales, llevaron a su redacción. Es lo que ocurrió con la *Brevísima*

relación de la destrucción de las Indias, del tristemente famoso —en este caso, no en el resto de su admirable obra— Padre Fray Bartolomé de las Casas. Lo que aquí es obligatorio saber es si en la mente del Padre Martín González no hubo alguna influencia, por ejemplo, la del Padre Las Casas. Su *Brevísima relación*... se imprimió en Sevilla en el año de 1552 por la imprenta de Sebastián Trugillo y pronto se extendió por España, Europa y América. El odio a España de tantos enemigos de su poder y de su religión lo convirtieron en un libro que, desgraciadamente, no se perderá en la memoria de los pésimos historiadores. Rómulo D. Carbia ha estudiado muy bien la importancia de Las Casas en la *Historia de la Leyenda Negra Hispanoamericana* (Buenos Aires, 1943), o sea, las mentiras y calumnias que trajo sobre la obra sorprendentemente maravillosa de los españoles en el Nuevo Mundo; pero no tuvo noticia de este aspecto de la *Brevísima relación* en las selvas del delirante Paraguay. Era un erudito de bibliotecas, no un investigador de archivos. Quiénes tenemos la pretensión de ser ambas cosas y hemos dedicado más de medio siglo a estos estudios, nos encontramos una vez con los manuscritos del Padre Martín González y sólo citamos párrafos, los más pintorescos, en nuestro libro *Indios y conquistadores en el Paraguay*. Dejamos en el olvido el expediente completo; pero, al pasar tantos años y comprobar que, si no analizábamos nosotros estos documentos lo harían otros, quién sabe con qué criterios, dispuestos a aceptar todas sus exageraciones, nos decidimos a hacerlo nosotros, en una reducida monografía que mostrase las verdades y las fábulas que llenaban el Paraguay del tiempo de Irala y de sus sucesores.

Acabamos de decir que el Padre Las Casas tuvo una influencia insospechada en la mentalidad del Padre Martín González. Las Casas era bien conocido en el Perú y Alto Perú, donde estuvo González. El pensamiento de Las Casas era el de Francisco de Vitoria y el de Domingo de Soto. Existía una concepción teológica que abarcaba toda América y no la ignoraban los conquistadores. En un primer término era la obligación moral de restituir lo que se había robado o cobrado de más. En ninguna otra parte del mundo se conoció nada igual. Los encomenderos y muchos conquistadores la pusieron en práctica. La restitución a los indios de lo que en su conciencia juzgaba un con-

quistador haber habido injustamente se encuentra en muchos testamentos y en otras disposiciones, como ser fundaciones de capellanías. Los confesores no daban la absolución a quienes no cumplían con esta obligación. Si no se encontraba al perjudicado, se podía donar los dineros mal habidos a los pobres o a la Iglesia para que hiciese obras de caridad. En las instrucciones a los conquistadores se les recomendaba constantemente no hacer daños a los indios ni quitarles lo que era suyo o, por el trabajo, les correspondía. Fray Domingo de Soto, en 1556, sostuvo que no había que absolver a los encomenderos que habían causado daños a los indios. El problema de la restitución se confundió con el de la guerra justa. Hasta los indios, a veces, reconocían haber sido injustos con los españoles y restituían lo que creían haber habido indebidamente. Pedro de Villagra, en Chile, dispuso en su testamento que fueran sus herederos los indios de su encomienda. Muchos hospitales nacieron de remordimientos. Guillermo Lohmann Villena ha estudiado a la perfección este problema en su colaboración *La restitución por conquistadores y encomenderos: un aspecto de la incidencia lascasiana en el Perú, en Estudios Lascasianos. IV Centenario de la muerte de fray Bartolomé de las Casas (1556-1966)*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1966, págs. 21-89).

Los teólogos españoles habían difundido ideas que conocían muy bien los conquistadores. El Papa no era señor del mundo. El rey, tampoco. Cristo no había asumido el poder temporal. El Papa tenía potestad sobre los fieles, no sobre los infieles. Las tierras de América pertenecían a sus dueños, no eran de nadie. Santo Tomás había enseñado a no obligar a los infieles a reconocer la fe. *Credere voluntatis est*. Si no se podían dar leyes a los infieles, menos se podía juzgarlos.

Vitoria enseñaba que los hombres, por derecho natural, podían recorrer toda la Tierra y todos los mares. Si los indios no eran de paz se les podía combatir. Los españoles podían enseñar la verdad. El Papa podía encomendar a los españoles y a cualquier otro pueblo la predicación a los infieles. Los indios no podían ser obligados a escuchar a los predicadores (Enrique de Gandía, *Francisco de Vitoria y el Nuevo Mundo*, Buenos Aires, 1951).

Había tres clases de infieles: los que vivían bajo el dominio de reyes cristianos, como los musulmanes y los

judíos; los que poseían tierras que habían sido de los cristianos, como los turcos y árabes; los herejes y apóstatas, súbditos *de jure* de la Iglesia romana, y los que no poseían tierras de cristianos, nunca los habían combatido ni habían sido súbditos de reyes cristianos ni del Papa, como los pobladores de América. Así había enseñado Cayetano y repetido Las Casas. Los infieles americanos tenían los mismos derechos naturales y humanos que los cristianos. No podían ser castigados por sus idolatrías ni otros pecados. Las Casas defendía los derechos de los indios, pero no tocaba sus deberes. Lo indudable es que Cristo había ordenado difundir la fe a todos los cristianos (Mateo, XXVIII, 19; Marcos, XVI, 3). Los dominicos fueron los primeros, con fray Antonio de Montesinos, en protestar contra los encomenderos y la falta de derechos de los reyes de España. Fue en el año 1511 y pronto sus ideas se extendieron a toda España y toda América. En el Perú, donde estuvo Martín González, el obispo de Charcas, fray Domingo de Santo Tomás Navarrete, dio muchos informes a Las Casas y divulgó sus ideas. Lo mismo hizo el arzobispo de Lima, fray Jerónimo de Loaysa.

La llegada de los españoles a América dio a los americanos la libertad de creer o no creer, de civilizarse o de permanecer en sus selvas. América conoció la libertad gracias a España. Si algún conquistador cometió algún abuso no fue por culpa de los reyes de España. La palabra conquista fue prohibida por los reyes. La orden llegó al fondo del Chaco e Irala la obedeció. Las entradas quedaron prohibidas y volvió a la Asunción (Enrique de Gandía, *Historia del Gran Chaco*, Madrid-Buenos Aires, 1929). En todas las expediciones eran los sacerdotes los que decidían si había que combatir a los indios o no atacarlos. A veces discutían dos teólogos mientras los conquistadores esperaban con las mechas encendidas. Las Casas defendía el comercio con los indígenas para que se fuesen acostumbrando a la vida con los españoles.

Los teólogos españoles pusieron fin a la Edad Media con sus conclusiones relativas a los derechos naturales del hombre y su plena libertad, convertida en dogma en el Concilio de Trento. Esta conquista del pensamiento católico, surgida como una reacción contra el levantamiento de Lutero y Calvino, se trasladó a América y convirtió el Nuevo Mundo en la tierra de la Libertad humana.

El Padre Martín González era, como todos los españoles, un hombre imbuido en estas ideas. La influencia de Las Casas se advierte hasta en el hecho de que González quiso escribir, como Las Casas, "un libro" que denunciase al mundo las crueldades que se cometían en el Paraguay. González ansiaba hacerse célebre con sus denuncias y el "libro" que empezó a escribir. Alude a él a menudo en sus escritos y recuerda que lo entregó a un funcionario español. No lo hemos encontrado y tal vez permanezca sepultado o perdido en algún rincón inexcrutable. Lo real es que el propósito de escribir "un libro" es revelador. Lo que González perseguía, con tal cúmulo de denuncias, no era sólo la justicia, el bienestar de las pobres indias, sino la fama, la gloria, que podía dar "un libro", sobre todo si se parecía al de Las Casas. Por último, algo más concreto: es una casualidad que los casos de torturas, con refinamientos espantosos, son los mismos que leemos en la *Brevísima relación*... del Padre Las Casas. Llegamos a concluir que Martín González fue un émulo de Las Casas y quiso hacerse famoso, como él, escribiendo "un libro" que denunciase hechos semejantes a los declarados por el obispo de Chiapas en el lejano y misterioso Paraguay.

Por último, una comprobación: Martín González, en sus listas de españoles que traían indias a la Asunción, menciona a los que traían "algunas", a los que traían "muchas en veces", es decir, en varias oportunidades, y a los que traían cien, trescientas, quinientas, seiscientas y mil. Aparte quedan todos los demás —unos doscientos y tantos— que traían dos, tres o menos. En total, hallamos que unos cuatro conquistadores trajeron unas cien indias cada uno, es decir, un total de cuatrocientas. Uno trajo trescientas, con lo que llegamos a setecientas. Siete trajeron quinientas cada uno. Son cuatro mil doscientas indias. Uno trajo seiscientas. Total, cuatro mil ochocientas indias, y unos doce trajeron mil cada uno. Suma: dieciséis mil ochocientas indias. La cifra más alta que se puede admitir es, contando los que trajeron "algunas", dos, tres, cuatro... apenas llega a diecisiete o dieciocho mil, y no en un día, sino escalonadas en años. Dieciocho mil indias traídas a la Asunción no son las cien mil que González menciona en sus escritos. La desproporción es excesiva. Además, no sabemos si, realmente, los conquistadores no traían cantidades mucho más reducidas de indias. Martín Gon-

zález se olvidó de sus primeras declaraciones y, sugestionado por Las Casas, quiso igualarlo en sus megalomanías.

XII

El gran momento había llegado. Estaba en Madrid, frente a las autoridades que podían presentar sus reclamos al rey. Era el mes de abril de 1575. El año anterior había levantado una larga información de sus méritos y servicios y lo que hacían los españoles en el Paraguay con las indias que arrancaban de las selvas. Ahora diría otras cosas, superiores e iguales a las que había hecho conocer al mundo el Padre fray Bartolomé de las Casas en un libro que durará tanto como el odio a España y la ignorancia de muchos historiadores. Revelaría hechos sólo oídos en el panfleto del Padre Las Casas y lo que él descubriría en esos momentos. Se dirigió directamente al rey, sin pensar en el funcionario del Consejo de Indias que le tocase examinar el escrito. Le dijo: "Muy poderoso señor". Y empezó su perorata: rotunda, impresionante, destinada a la inmortalidad. Recordó que en "otra petición hice saber a Vuestra Alteza la gran necesidad y peligro en que están las ánimas de los naturales de las Provincias del Río de la Plata". Por caridad y para servir a Nuestro Señor, incitado, además, por los naturales que había bautizado y doctrinado, en veinte años de trabajos, sin interés ninguno temporal, se había decidido a venir a esos reinos con las penurias que constaban en otros papeles, para que el rey mandase lo que más conviniese a la salvación de sus ánimas y vidas. Quería que el rey supiese lo que había ocurrido en aquella tierra "y en lo que toca al suceso de Juan Ortiz de Zárate". Nadie había informado al rey de lo que él iba a revelar "por ser todos ellos los agresores". La mención a Juan Ortiz de Zárate nos pone frente a unos datos que nunca han sido aprovechados en la historia del tercer adelantado del Río de la Plata.

Empezamos por dar a conocer unas listas de españoles que pasaron al Paraguay con Ortiz de Zárate (Archivo General de Indias, de Sevilla: 2-2-5/10. R^o 27.0.) Está firmada por el clérigo poeta, autor de *La Argentina*, Martín de Centenera, también llamado Martín Barco de Centenera y Martín del Barco Centenera. Está escrita de su

mano y da cuenta de las personas que el adelantado Ortiz de Zárate había nombrado capitanes de su expedición. No consigna el año y sólo el día veinte de junio. El primero era Francisco del Pueyo. En la posada de Martín de Centenera había juntado a sus soldados. Eran los siguientes: Bernardo de Sotomayor, alférez, de Toledo; Antonio de Arbear, sargento, de Santander; Pedro Luis de Aguilera, de Burgos; Alonso Ortiz, de Valladolid; Antonio Godiez, de Medina; Alonso Gómez, de Galicia; Hernán Pérez, de Galicia; Gabriel Hernández de Miranda, de Oviedo; Alonso de Azebo, de Salamanca; Pedro Hernández de Avila, de Salamanca; Miguel Altamirano, de Trujillo; Francisco Ballestero, de Agüero; Joan de Vela, de Alahejos; Francisco de Vargas, de Sanabria; Nicolao Correa, de Sanabria.

También había nombrado el adelantado por capitán a Pablo de Santhiago. Éste había partido el día anterior, 9 de junio, y llevó consigo su sargento. Iba a la vuelta de la Serena. Tenía su mujer y cuñadas en Salamanca. Al capitán Francisco de Tellez, de Talavera. "No tiene gente hasta ahora". Al capitán don Fernando de Ribera, de Huete. No tenía gente. Al capitán Juan de Alonso de Quirós, de Salamea. Tenía su mujer e hijos en Sant Lucar. A Rodrigo Gómez, "que está en Gibraltar y lleva muchos deudos consigo. Este yba por almirante". Estaban en esa corte dos mancebos hidalgos, de Huesca, en Aragón, "valientes y buenos músicos de vihuela y el uno extremado en cantar y tañer y danzar, que son: Juan Andrés de Mendoza, hábil en la música y Lorenzo de Salas y este es buen escribano y de razón y porque ya ha ido oficial de la inquisición en Zaragoza". Había otro llamado Salazar, de Lorca, "muy hábil en la pluma y gran iluminador y tiene singular habilidad en dibujar y pintar allí mil lindezas en vidrio. Dio aquí al serenísimo príncipe, cuya ánima Dios tenga en su gloria, una pieza de vidrio que tuvo en mucho y le hizo mercedes. Es hábil en conocer minas y tiene otras muchas habilidades". El adelantado había tratado a esos tres y conversado después que vino a esta Corte "y los conocía de antes y me han dado la palabra que irán esta jornada". Centenera tenía un hermano en Logrosán. El año pasado había juntado quince o veinte hombres deudos y los llevó a Sevilla "y gastó con ellos e yo gasté de lo que tenía él y ellos volverán ahora y muchos

más". Centenera temía que el adelantado quisiese cumplir con enviar testimonio y no recibir tanta gente. Centenera explicaba que "esto es así porque yo conozco su condición e ya comienza a decir que si no hay gente que él no tiene culpa; si ha de faltar ha de ser por falta de los capitanes y suya". En Sevilla estaban esperando que se hiciese ese viaje. Eran los siguientes: Hernando de Montalvo, que iba como tesorero de Su Majestad; Alonso Alvarado, "muy buen soldado y que ha sido capitán en Italia; es de Mérida y sus antecesores de Trujillo"; Martín de Centeno, de Medellín, "buen soldado"; el bachiller Cabañas de Hinojosa, de Logrosán, "clérigo, muy hábil, y estará en Sevilla esperando hasta que esta jornada se haga". Otros muchos mancebos soldados estaban en Sevilla. Algunos clérigos dejaron de embarcarse "por pedirles como se les pidió dinero" (Archivo General de Indias, de Sevilla: 2-2-5/10. R^o 27.0.)

Es posible que toda esta gente haya embarcado con Ortiz de Zárate y llegado a la Asunción. Hemos hallado otra "Lista y alarde de la gente de guerra y pobladores que llevaba el adelantado Juan Ortiz de Zárate al Río de la Plata hecha por Ortega de Malgosa ante escribano desde 20 de enero hasta 7 de marzo". No tiene año. "Hay en ella: un canónigo de la Iglesia de la Asunción; dos clérigos; el general y almirante; tres capitanes: el uno con su mujer y dos hijos y una hermana; un licenciado y dos hijos suyos; un cirujano; dos plateros; un sastre; tres zapateros; un cantarero; dos labradores; un casado con su mujer, su madre y una hermana y una hija; la mujer de un calafate con dos hijos y dos hijas; otro con su mujer y un hijo y una hija; otro con su mujer y tres hijos y tres hijas; otro con su mujer y tres hijos; otros dos con sus mujeres y cada uno con una hija; otros tres casados con sus mujeres; ciento noventa y cuatro personas que no dice si son solteros o casados; mujeres nueve; dos atambores". En total eran: 238 varones y 29 mujeres, o sea: doscientas sesenta y siete personas. "Despidiéronse en once de marzo" (Archivo General de Indias, de Sevilla: 2-5-5/13. R^o 2.C.)

La Asunción aumentó sus pobladores con estos inmigrantes. Ya no eran conquistadores, sino familias, hombres de trabajo, algunos artistas, toda gente buena que iba a América llevada por los consejos de amigos que habían estado en el Paraguay y volvían a ese lejano paraíso por-

que se sentían más felices en aquellas selvas que en España. No sabemos si Martín González tuvo noticia de este aporte humano que aumentaba los habitantes de la remota Asunción. Lo que nos consta es que la obsesión de las cien mil mujeres que, según él, habían traído de los bosques los conquistadores asunceños, no lo abandonaba. En la primera página de su relación declaró que, después de la prisión de Alvar Núñez, los españoles habían quitado por fuerza a los naturales "cien mil mujeres e hijas". Si había cien mil mujeres es porque existían también algunos hombres. No hemos hallado, todavía, las pruebas de que en torno a la Asunción viviesen más de ciento diez mil indios, entre machos y hembras. Cuando el clérigo había salido del Paraguay "quedarían vivas bien las cuarenta mil dellas". Las demás habían muerto por "los malos tratamientos que les han hecho los españoles que las pringan y queman con tizones atándolas de pies y manos y les meten hierros ardiendo y hácenles otros géneros de crueldades que no es lícito declararlas y a otras con muchos azotes y palos hasta pararles la carne muy negra y con salmuera las lavan y les echan ventosas y se las sajan para sacarlas aquella sangre molida, y otras tienen colgadas de los pies y les dan humo a narices; otras descabran de tal manera que mueren; a otras dánles, estando preñadas, porque se han empuñado de otros españoles o mestizos o indios, y las matan las criaturas en el cuerpo y muchas dellas mueren; a otras, que son sus muy queridas, porque se empuñan, después de haberles dado con aborrecimiento, las envían a los campos y heredades, a trabajar, lo que no hacían antes, y procuran de darles con excesivos trabajos por vengarse, que mueven las criaturas y muchas dellas mueren; a otras, que son sus muy queridas hacen traer de bastimentos o leña las hacían mover". Es la presentación o introito de lo que vendrá en seguida.

El clérigo González denuncia que los españoles hacían trabajar a las indias, en el campo, "las hacen cavar con azadones e palas todo el día y después, a las noches, cuando vienen, las hacen hilar algodón, dándoselo por peso, y ansí lo vuelven a dar hilado por tasa". Trabajaban "con los fríos y soles". Si alguna descansaba le daban de palos. Si no terminaban un trabajo "le dan de azotes y palos". Trabajaban en pilones, a brazo, con unos palos o caños, para hacer azúcar, confituras o conservas, "y en

esto se gasta mucha leña que se la hacen traer a cuestras”.

Estas mujeres, visto que los españoles las trataban tan mal, “de muy aburridas y como gente que no tiene tanto entendimiento como conviene, muchas determinan de matarse a sí propias: unas, comiendo tierra; otras, ceniza y carbones y pedazos de ellos, y otras no comen ni beben por acabar la vida más presto; otras se van a los bosques y se desesperan con cuerdas”. Para evitar estos hechos, algunos españoles las metían “en unos canastos grandes, con cuerdas colgadas en alto, y allí les dan que hilen y trabajen y duerman, y así están apartadas de donde no pueden comer tierra, ni lo demás, y si alguna se va a su tierra tienen alguaciles para que vayan por ellas, y traídas, después de azotadas, las meten en cepos o grillos o cormas, que tienen en sus casas los españoles para ellas y los varones, y cuando no parece la india traen al padre o a la madre si no le tienen, y sinó al principal y los meten en el cepo hasta que las traen.”

Reproducimos las palabras del clérigo González en toda su extensión y precisión. Sólo suprimimos líneas o párrafos de escasa importancia. Nuestra glosa o copia debe ser así para que no se piense que hay alteraciones en las denuncias del Padre González. Es un cuadro que tiene mucho de realidad y tal vez algo de generalización, de casos aislados convertidos en comunes. Es lo que ocurrió con el Padre Las Casas que, en lugar de decir “un” español hizo tal cosa, escribía “los” españoles hacen tales cosas. Por otra parte, no debemos de olvidar que muchos niños, por razones fisiológicas, “comen tierra” y aun pequeños animales dañinos e insectos. Los médicos conocen muy bien estos casos, frecuentes en las escuelas.

“Ansí mesmo, los españoles matan a muy muchos indios si sienten que han tenido cópula o la quieren tener con alguna destas mujeres, a unos públicamente, a otros debajo cautela, en los campos”. Los arrastraban a los bosques y les daban de puñaladas. A otros los llevaban cerca del río, los mataban y los arrojaban con pesas al agua. Luego aparecían. También les daban a beber ponzoña.

Estas precauciones de los españoles para que no se descubriesen sus asesinatos son una prueba de que crean mercedores de sanciones. Es muy posible que casos como estos hayan existido, como existen crímenes en cualquier parte del mundo; pero, no por ello, deben achacarse a to-

dos los habitantes de un país. Lo mismo decimos de los casos en que los españoles "castraban" a unos indios porque habían tenido cópula con una india o pensaban tenerla.

El clérigo González nos habla del trabajo en el Paraguay. Como los indios no podían dar oro ni plata, porque no existían, los hacían trabajar. Así estaban "en sus casas, apartados de sus mujeres e hijos, y algunos tienen un año y dos y más que no van a sus tierras: unos, pescando; otros, curando caballos; otros, guardando ganados; otros, trayendo leña; otros, haciendo azúcar, y los demás como he dicho". Vivían en sus "estancias" o heredades, labrando y sembrando dos veces al año. Traían la cosecha a cuestras a casa. Trabajaban "como si fueran propios esclavos o negros comprados". Vemos surgir el pensamiento de Las Casas; de no obligar a los naturales a hacer trabajo alguno porque eran hombres libres. Si un indio iba a su tierra, a ver a su mujer e hijos, o a "olgarse", lo mandaban a buscar y lo metían en un cepo o grillos durante muchos días "y los azotan". El gobernador consentía todo esto "y cuando algún indio no quiere dar su mujer e hija que le piden, échanlo en el cepo o grillos hasta que la trae".

El clérigo González hablaba al rey: "Allende desto, sabrá Vuestra Alteza cómo los españoles van a los pueblos de los naturales y les quitan las mujeres e hijas y si la mujer tiene alguna criatura se la quitan de los pechos y arrojan al suelo para llevarla horra (libre) para sus malos fines y por mejor poderse servir della, y ansí todas aquellas criaturas se mueren, que casi ninguna escapa". Los naturales trataban de esconder sus mujeres e hijas en los bosques y sierras. Los españoles se ocultaban durante el día y caminaban de noche para descubrir sus escondites. En las fuentes esperaban a las viejas que venían a buscar agua y les daban de palos y azotes hasta que nombraban a todas las mujeres del pueblo, con los nombres de sus padres. Los españoles llevaban tinta y papel, escribían los nombres y luego se hacían conducir por la vieja ante el indio principal. La vieja tenía que decir al cacique cómo era verdad lo que había dicho. De este modo, el cacique ordenaba traer las indias. "Vino la cosa en tal término que por los arreadores ya no hallaban que indias pudiesen traer que no fuesen viejas".

Otro sistema empleaban los españoles para procurarse indias. Cuando tenían alguna hija para casar y debían

darle indias en dote hablaban con el marido de una mujer preñada. Le daban un cuchillo o tijera o camisa y el marido le vendía la criatura por nacer. Si era hembra, después de destetada debían darla al español, y si era varón, esperaban otro parto. Cuando esto ocurría le tomaban la mujer y dejaban la criatura "al padre, muy pequeña, que la criase y así se le moría".

Las indias que convivían con los españoles eran abuelas, madres, hijas, hermanas, primas y otras parientes, "y con muchas de ellas tienen cópula carnal, y algunas han parido dellos, y ansimismo, ellos y los hijos tienen cópula con muchas destas y las tienen por mancebas en sus casas". Estas mujeres cuando los españoles morían, "les ayudan a tener la candela en la mano y muriendo desta manera, los absuelven y entierran en sagrado". Ellas también morían en las casas de los españoles, "y algunos tienen veinte y treinta en su casa, y con las que tienen en las heredades, a doscientas y a trescientas".

Otras cosas denunciaba el clérigo González. Cuando alguna mujer sentía que iba a ser madre, "en sintiéndolo en el vientre bullir, procuran de matarlo por las causas y razones que diré, no siendo de su amo, porque, en tal caso, algunas lo matan y otras lo guardan". Si los españoles sabían que alguna de sus indias estaba preñada "le hacen las extorsiones y malos tratamientos que dicho tengo y por no pasarlo lo matan". Entre las mujeres que vivían con los españoles solía haber unas más queridas que otras. "Viendo estas privadas que alguna de las otras se empreña de su amo, porque no quite el amor della y lo ponga en la otra, procura de hacerlas tales obras a la preñada que la hacen matar lo que tiene en el vientre aunque sea de su amo". Si era de otro, para que su amo "la aborrezca, le levanta muchos testimonios". Si el hijo no era de su amo, lo mataban para que no las enviasen a trabajar en las heredades "con grandes fríos y soles, con ellos a cuestras, y tráenlos metidos en sacos porque no lloren y no los coman mosquitos". Cuando estaban cansadas de traerlos, "hacen hoyos en la tierra y los meten en ellos y los cubren con la tierra hasta la cabeza, y allí están llorando y la madre trabajando, y por no ver esto, los matan en el vientre, y a los nacidos no los quieren dar de mamar porque se mueran". Algunos españoles obligaban a las mujeres que dejasen los hijos en la casa y ellas fueran a tra-

bajar. "Y están todo el día sin mamar, ni correr, hasta que vienen las madres a la noche y los niños, con el ausencia de sus madres y no mamar, lloran y los españoles dánles porque callen, y ansí los hallan sus madres perdidos y mal tratados, y por no ver esto, los matan".

El infanticidio era común en el Paraguay y otras partes de América. Los indios mataban a sus hijos por las razones que expone el clérigo González y por otras muchas. El mismo González lo reconoce y confiesa que había indias que mataban a sus hijos e procuraban abortar para estar más libres "para sus dañados fines y poderse dar al mundo". González calculaba que si en el Paraguay, en esos momentos, había cuarenta mil mujeres, diez mil de ellas podrían tener hijos de sus amos y las otras no darían frutos. "De manera que, por esta causa, en cada un año dejarán de parir a luz diez mil criaturas por matarlas y otras porque no se engendran por no tener varones conocidos y andar derramadas, porque natural cosa es que no habiendo ningún impedimento en la mujer venir a parir de tres a tres años, cuanto más en aquella tierra que de dos a dos años vienen a parir muchas".

Los españoles, de acuerdo con muchos testimonios, amaban a sus indias y por celos cometían cualquier disparate; pero también reconocían las malas cualidades de las pobres mujeres. Por la vida que llevaban se hacían malas, vengativas, recalcitrantes, llenas de odios hacia los españoles y sus mismas hermanas. Mentían por principio y de continuo. Algunos clérigos nos cuentan que algunos españoles, en el instante de la muerte, pedían que sus indias estuviesen a su lado y les decían palabras dulces y de adiós. En cuanto a los indios y mestizos abundan los testimonios que, a poco de dejar sus hábitos antropofágicos, eran reacios al trabajo y al ahorro, dormían con sus hermanas y todas las mujeres que alcanzaban y detestaban a sus padres. Varias veces se confabularon para asesinarlos. El caso denunciado por González, de españoles que a las indias "les metían hierros ardiendo" y de otros que "castraban" a los indios que habían tenido relaciones con sus indias, tiene un solo, único, fundamento de verdad. Se trata de un indio, llamado Santiago, que cometió ambos crímenes y que fue bien conocido por toda la Asunción. González extendió ese caso único, cometido por un indio puro, no por un español, a "todos" los españoles.

Hechos semejantes se encuentran en las denuncias hechas por el Padre Las Casas.

Los casos de abortos, de fetos que se veían en los campos y mujeres que dejaban morir de hambre a sus niños recién nacidos, no se debían a los malos tratos que los españoles daban a las indias, sino a costumbres indígenas. Así lo refieren los etnógrafos modernos del Chaco y del Paraguay, empezando por el Padre Pedro Lozano, jesuita, y sus seguidores que comprobaron esas costumbres. Lo mismo decimos del hábito de meter en hoyos, dentro de la tierra, a los niños para que no los comiesen los mosquitos. No se debe a los españoles. Era una vieja práctica de los indios. El Padre Cardiel describe muy bien esta costumbre de los indios del Chaco.

El clérigo González era también sociólogo práctico, no como los que hablan de estructuras e infraestructuras, de planes para repartirse el dinero de los demás y otras lindezas. Sus cálculos eran aterradores. "De aquí podrá Vuestra Alteza juzgar el gran daño que habrá redundado de haber tenido los españoles ciento mil mujeres y tener algunos dellos cada uno a doscientas y trescientas consigo, y si esto Vuestra Majestad no lo manda remediar se verná a perder la tierra".

Los españoles eran celosos. No permitían que esas mujeres se casasen y pretendían tenerlas a su derredor. Todo por sus malos fines. "Antes las venden y compran y tratan con ellas como mercaderías, dánlas a trueque de perros, puercos, caballos y otros animales y juéganlas". Las daban a sus hijas como dote en sus casamientos y se las dejaban como herencia. Los clérigos hacían igual cosa, "por la mala costumbre y abuso que hay en éstos y ha venido la cosa en tales términos que cuando va algún juez eclesiástico a visitar la Ciudad Real, las penas de cámara y fisco y otras cosas las cobran en indias".

Los españoles, cuenta González, iban a tierras de indios y les quitaban a sus mujeres e hijas. Los indios las defendían. Entonces los españoles "les daban de cuchilladas y les quemaban las casas". El cacique ordenaba matar al español. El gobernador disponía dar la guerra a los naturales. "Para este efecto tienen de su bando los españoles dos o tres naciones de indios pescadores (los payaguás) y gente baldía (abipones, etcétera) que no cogen ni siembran, ni son bautizados, y los llevan a dar guerra

a los indios bautizados que los españoles tienen repartidos". Las mujeres de los indios no bautizados pasaban a ser de los españoles: "se las llevan consigo y las tienen por sus mancebas y paren dellos siendo bautizadas": todo por consentimiento de los gobernadores. En esas guerras, "los indios no bautizados queman y destruyen a los dichos indios bautizados las casas y los bastimentos se los arrancan de raíz y quiebran con palos". Los que mandaban en la tierra enviaban compañías de indios no bautizados con los españoles "para que les ayuden a dar la guerra y destruirles los dichos bastimentos y casas".

Estas eran las guerras que los indios tenían entre sí y que significaban las grandes mortandades indígenas. Por algo había tantas mujeres sin marido y existía la poligamia. Los españoles, como en otras partes de América, aprovechaban las rivalidades de los indios y los hacían combatir. En estas guerras, los españoles hacían grandes daños "y a vuelta matan muchos de los que no tienen culpa y les toman y llevan las mujeres e hijas y les destruyen sus bastimentos".

Los indios no bautizados solían llevar prisioneros a los indios bautizados. A veces, el gobernador o capitán que mandaba en la guerra "los manda desollar las carnes y cortar las orejas y manos y a otros los desuellan las cabezas estando vivos y llevan el cuero dellos los indios no bautizados para ponerlos por grandeza a las puertas de sus casas y así los envían a sus tierras entre los parientes para que les pongan temor y espanto. A otros les atan los pies y manos a las colas de cuatro caballos y tirando cada uno para su parte los hacen cuatro cuartos vivos y les dan otros tormentos que no es lícito declararlos aquí".

Los indios bautizados, para no ser matados y atormentados por los españoles, juntaban "mucho cantidad de mujeres e hijas y se las llevaban a presentar al que va por capitán, el cual escoge las mujeres para sí y las demás reparte entre los soldados y con eso se acaba la guerra y se vuelven a sus casas".

El clérigo Martín González recordaba que después de haber partido del Paraguay el capitán que quedó mandando en la tierra se fue con otros españoles al río arriba y sacaron "contra su voluntad cerca de mil e quinientas indias". Sus maridos y otros indios los siguieron con la esperanza de sacárselas, pero los españoles los rechazaron

y llegaron con ellos a la Asunción. Los indios quedaron amotinados a más de ciento cuarenta leguas río arriba y otros estaban río abajo. Los españoles "no son señores de salir cuatro leguas fuera de la Asunción si no van muchos". Cuando el obispo fray Pedro Fernández de la Torre y Felipe de Cáceres volvieron del Perú, los indios estuvieron a punto de matarlos. Otras cosas denunciaba el clérigo González. Dijo al rey de España que los sacerdotes del Paraguay, junto con los españoles, daban rescates a los indios no bautizados para que fuesen a hacer la guerra a otros indios que habitaban hasta las sierras del Perú y Tucumán para que les trajesen indias y lo que tomasen a los indios. Los indios no bautizados del Paraguay mataban a los otros indios que cautivaban de tres años para arriba. También mataban a las viejas. Las indias jóvenes y otras cosas que tomaban a los indios del Perú y Tucumán las vendían a los españoles del Paraguay "a trueco de ropas y algunas espadas y otras cosas". Las indias quedaban como mancebas de los españoles, sin bautizar. El clérigo González no había querido bautizarlas "por ser gente que no tienen asientos y cargados de ritos". Algunos solían volver a sus tierras.

Martín González hacía saber al rey que "en sola la ciudad de la Asunción hay cinco mil mestizos, poco más o menos, hijos de españoles e indias, y más de los tres mil dellos serán de dieciocho años arriba, y mujeres habría casi otras cinco mil mestizas, y estos mestizos habrá quince años, poco más o menos, que procuraron de querer matar a sus padres".

Esta conspiración de mestizos es confirmada por otros testimonios que exhibimos en libros nuestros. González recordaba que "después que han querido alzarse con la tierra dos o tres veces, como lo han hecho los que han venido de poco acá, y esto con intento de juntarse estos mestizos con los naturales que son sus tíos y parientes, y desto fui yo avisado de los indios por la afición que me tenían y entonces puse remedio en ello...". Los españoles, en aquel momento, eran unos seiscientos hombres, y los mestizos, poco menos. En cambio, en 1575, no quedaban, en la Asunción, según González, "más de doscientos y ochenta españoles y los ciento dellos, inútiles, y los demás, ya viejos, y los mestizos, como dicho tengo, que pasarán de tres mil que podrán tomar armas". El rey, si lo

deseaba, podría informarse del cosmógrafo Juan de Velasco. Este eminente geógrafo había tomado informaciones de los españoles que habían venido del Paraguay. González también podía probar lo que decía. Si el rey no remediaba lo que allí ocurría podía suceder que los indios terminasen por alzarse y poner en peligro las provincias de los reinos del Perú, las Charcas y Tucumán. Los indios de las Charcas y sierras del Perú (chiriguano) eran parientes de los del Paraguay. Unidos a los mestizos podían matar a todos los españoles de esas regiones y destruir sus estancias y todo el servicio de indias e indios. El licenciado Castro, del Perú, podía informar al rey. El número de los mestizos aumentaba constantemente, y el peligro, también.

XIII

El clérigo Martín González quiso instruir al rey de España en problemas sociopolíticos que muchos historiadores no han conocido. Él sabía qué podía ocurrir en el Paraguay y el incendio que podía extenderse al Perú, a las Charcas y al Tucumán. Media América del Sud podía verse envuelta en una inmensa revolución indígena, todo por causa de las mujeres que llenaban los harems del Paraguay. Para evitar estos males y tantas pérdidas de ánimas no había que enviar refuerzos al Paraguay por la costa del Brasil y Río de la Plata. Así habían ido Alvar Núñez, doña Mencía Calderón y otras personas; pero los tiempos habían cambiado y mucho más, a juicio del clérigo González, convenía ir por el Pacífico y el Perú.

Primeramente no se podía ir al Paraguay por el Brasil "porque no habrá ninguno que quiera ir de los que importa que vayan a remediar aquella tierra por la costa del Brasil, ni gastar su hacienda ni arriesgar su persona". Tampoco se encontrarían soldados y gentes que quisiesen ir "por la mala fama que ha cobrado aquella tierra que, en mentándola, escupen". Para sojuzgar a los mestizos "y que no se hagan los demás y peor, como lo han hecho los otros que han ido", eran menester muchos navíos y dinero. Era preciso ir "por parte más segura". No se hallarían pilotos que supiesen aquella navegación ni la boca del río. No había "señal ninguna". Se perdían las naves que iban

con buen tiempo "por los peligros y bajos que hay junto a la boca del río". Había que ir sondeando por los bancos de arena y bajos. Los causaban las venidas del río. Junto a un banco de arena podía haber diez o veinte brazos de hondo, "donde dan de repente y encallan y piérdense". Martín González ponía como ejemplo a Solís, "el que descubrió aquel río: fue en buen tiempo, según dicen, mas por eso no dejó de perder un navío de estos bajos". El Padre González repetía una tradición equivocada: Solís no perdió un navío en el Río de la Plata, sino en la costa de Santa Catalina, donde quedaron unos náufragos que, con Alejo García, terminaron por descubrir el Paraguay y el Chaco, hasta los chiriguanos. Sigue contando que tiempo después llegó don Pedro de Mendoza, el cual envió a Gonzalo de Mendoza en un galeón, con gente y buen piloto, a Santa Catalina y al río de los Patos, por bastimentos. "Viniendo cargado dio en aquellos bajos y se perdió". Alonso Cabrera encontró a los náufragos "que andaban por la playa costa del mar"; y los llevó a Buenos Aires. Alvar Núñez, "con quien yo fui", despachó una nave con Francisco López "y se perdió en aquellos bajos". En cuanto a la expedición de Juan Ortiz de Zárate, el tercer adelantado del Río de la Plata, de los navíos que llevaba "el uno fue a parar a la costa del Brasil, en un pueblo que dicen San Sebastián, reino de Portugal, y otro, que era el más grande, en que dicen que fue Juan Ortiz de Zárate, después de haber salido de San Francisco, según se publicó en toda la costa entre los portugueses y naturales, dio al través y encalló en los indios chacatas, adonde los que escaparon de la mar los indios los mataron". Otro navío fue a dar a Valenzuela (*sic* por Venezuela).

En el Paraguay faltaban sacerdotes. Los pocos que había estaban divididos en bandos. Eran "banderizos". Aprobaban por buenos los actos malos que se hacían en la tierra. El rey debía substituir a esos religiosos y a los legos con frailes de San Francisco y Santo Domingo, teatinos y descalzos, para que labrasen en la viña del Señor y "con sus buenas obras y ejemplos traigan los españoles y naturales a la salvación". Había que proveer de pastor aquellas ovejas que estaban fuera del gremio de la Iglesia y fe católica, "metidas en los bosques y riscos de sus vicios y abominaciones, dando balidos llenos de roña, comiéndose las los lobos infernales". Para que este pastor, los clérigos

y frailes llegasen a salvamento no convenía que fuesen por la costa del Brasil, "porque es la carrera y senda por donde nunca faltan los luteranos que, encontrando con ellos, es cierto y averiguado que no les darán vida, cortándoles las cabezas y siendo luteranos también matarán los españoles o los echen en islas por llevarse los navíos con los demás". Así habían muerto en aquella derrota muchos teatinos y frailes.

El obispo que venía del Río de la Plata fue avistado en San Vicente. "Tenía comprado un navío para se volver". Mientras no se poblase San Francisco, como él había propuesto, lo más seguro era ir por los reinos del Perú. Para ello había que hacer cuatro cosas: llevar seiscientos o mil españoles que irían de muy buena gana si se los llevaba a poblar y se les daban repartimientos de indios; otra cosa era desguasarse de la mucha gente que desasosegaba aquellos reinos. Estos hombres harían muy gran provecho en el Río de la Plata (Paraguay), no harían los males que hacen o "conquistarán y poblarán la laguna del Dorado donde, mediante Dios, demás que se salvarían muchas ánimas, redundarían otros bienes para socorro, ayuda y ensalzamiento de nuestra santa fe católica".

Otros consejos daba el clérigo González al rey de España. Gobernador de aquella tierra (el Paraguay) no convenía que fuese ninguna de las personas que están y han estado en ella. "Todos, sin sacar ninguno, han metido las manos en los males y crueldades que se han hecho en ella, pues mal podrá castigar ni corregir en el mal a los otros el que ha dado tan mal ejemplo cometiéndolo y aprobándolo por bueno, lo cual han hecho todos los que han mandado aquella tierra". La persona que enviase el rey debía tener de cincuenta años para arriba, "de letras y experiencia, porque así es menester por las ocasiones que hay en la tierra y que le muevan la caridad y el amor de Dios y salvación de las ánimas". Si el rey le diese licencia, a él, clérigo González, podría mirar por una persona que conviniese. Esta persona debía llevar a españoles del Perú. Había que resolver este punto con la mayor brevedad. Los mestizos podían levantarse con la tierra y "matarán a los que fueran". González tenía la esperanza de que Juan Ortiz de Zárate apresurase su expedición y el rey enviase, como había capitulado, dos navíos de socorro cada año. Mientras tanto debía partir otra persona, con las condi-

ciones que se había tratado con Alvar Núñez y Jaime Rasquin, y “si hallare a Juan Hortiz vivo, que Vuestra Alteza, siendo servido, le mande que le favoreciese en todo lo necesario pasar adelante a la laguna del Dorado con la gente que llevare y más todos los mestizos e indios que con él quisieran ir que no les estorbe ni impida, y que el dicho Juan de Hortiz se quede en su gobernación, desde la mar hasta Itatin...”

Esta parte de la carta que Martín González envió al rey de España merece un instante de comentario. Primero describió al rey todas las crueldades que los españoles cometían con las indias del Paraguay: las convertían en sus mancebas, eran celosos, las mataban con tremendas torturas si les eran infieles, mataban o castraban a los indios que podían convertirse en sus maridos o fornicar con ellas, las hacían trabajar de la mañana a la noche, dejaban morir a sus hijos, las robaban a sus padres, las arrancaban de sus pueblos, y las infelices se dejaban morir o se suicidaban de muy diversos modos para salir de tantos sufrimientos. También abortaban de continuo o mataban a sus hijos para que no pasasen las penurias que ellas sufrían. El cuadro, inspirado en las descripciones de la *Brevísima relación...* del Padre Las Casas, no puede ser más impresionante e increíble.

A continuación, el clérigo González quiso aconsejar al rey de España en lo que debía hacer para salvar las ánimas y las vidas del Paraguay. Los indios y, en especial, los mestizos, constituían un inmenso peligro porque podían sublevarse y extender las matanzas de españoles desde el Paraguay hasta el Perú, Charcas y Tucumán. Por culpa de mujeres desnudas, no de faldas, que no las usaban, una extensión de tierras tan grande como Europa iba a envolverse en una enorme guerra civil, con muertes, incendios e infinitos destrozos. Había que enviar un nuevo Lagasca que pusiese orden en el Paraguay y sofocase todos esos males que tan pronto podían suceder. El enviado del rey no debía ir por la costa del Brasil, como habían hecho Alvar Núñez y otros sujetos, sino por la vía del Perú, tan extensa, lejana y dificultosa. Menos debía intentar remontar el Río de la Plata, cuya boca, con sus bancos de arena, hacía encallar a los navíos y perdía a los pilotos más experimentados. Además, existía el peligro de caer en manos de corsarios luteranos. Este peligro, y los contados casos que

ocurrieron de españoles que se encontraron con corsarios luteranos, los hemos estudiado en nuestro libro *Historia de los piratas en el Río de la Plata* (Buenos Aires, 1936). Otra medida que era preciso tomar, según el Padre González, era trasladar la gente que sobraba en el Perú al Paraguay. Para despertar su interés había que distribuirles encomiendas: precisamente lo que él tanto había combatido. El gobernador que nombrase el rey no debía ser uno de los vulgares candidatos que pululaban en la Asunción, sino un hombre libre de compromisos y ataduras, que no estuviese contaminado por todo lo que habían hecho sus amigos. Por fin, una ilusión: si el último adelantado, el orduñés Juan Ortiz de Zárate, estaba vivo, debía encomendar a un segundo que fuese al alto Paraguay, a buscar la laguna del Dorado.

La leyenda del príncipe de Guatavitá, que tanto enloqueció, y con razón, a los conquistadores de la parte norte de la América del Sur, empezaba a extenderse por América. Su origen no era bien conocido o totalmente ignorado. El príncipe se había convertido en minas de oro o palacios deslumbrantes, llenos de riquezas, o en una ciudad misteriosa, inalcanzable, palpitante de piedras preciosas. Llegó al Paraguay por incontables vientos y caminos y empezó a trastornar a los españoles. Con las amazonas ocurrió algo parecido. El clérigo González, como vemos, fue uno de ellos. Recordemos que el obispo Pedro Fernández de la Torre, cuando acompañó a Irala en su travesía del Chaco, hasta los confines de la Sierra de la Plata, juró ir adelante, hasta encontrar las amazonas. No sabemos si pensaba encadenarlas, como encadenó a un amigo suyo, o convertirlas en esclavas, como lo hacía con las indias que lo inducían a tantas tentaciones, sin duda vencidas... También tenía una vaga idea de la amplitud de la gobernación del Río de la Plata y Paraguay: la más grande de América y del mundo, pues iba desde las regiones amazónicas (los confines, por el Sur, de las gobernaciones de Serpa y de Silva) hasta el estrecho de Magallanes y la Tierra del Fuego. Empezaba por saber que podía recorrerse desde el Atlántico hasta el Itatín, o sea, el Lago de los Xarayes, en el alto Paraguay, por muchos identificado con el del Dorado.

El clérigo González terminó su extensa relación con una recomendación al rey de España: "No nos envíe el

rey gobernador que no nos cumpla... Conviene, siendo Vuestra Alteza servido, que el que hubiese de ir sea persona que imite al de La Gasca y entre con pujanza de gente para que sea poderoso y haga lo que convenga y Vuestra Alteza le mandare". También tenía una pretensión: quería que el rey le encomendase la búsqueda de ese gobernador o interventor, tipo Lagasca, en el Perú: "Mándemelo Vuestra Alteza y yo procuraré de buscarlo tal cual convenga, pues me constan las llagas de la tierra y tengo tanta experiencia sobre la medicina que es menester para curarlas y espero en la misericordia de Dios me de persona tal cual convenga con las condiciones dichas". Para terminar, Martín González pidió al rey que mandase a Pedro Morel "que exhiba los papeles y memoriales que le dejó el obispo, porque allí trata de muchas cosas que pasan en la tierra y agravios notables que se les hacen a los naturales". Estas palabras parecen descubrir una reconciliación entre el clérigo y el obispo. También aluden a documentos que aún no hemos encontrado.

XIV.

El licenciado Ayala, relator del Consejo Real de las Indias, leyó los memoriales del clérigo Martín González y, en Madrid, el 3 de mayo de 1575, dispuso esto: "Que se proveerá lo que conviene". A los pocos días, "en cumplimiento de lo proveído o mandado por los señores del dicho Consejo, ante mi, Diego de Encinas, escribano de Su Majestad, tomó y recibió juramento en forma debida de derecho de Martín González, clérigo presbítero, natural de Villa Rubio del Campo de la Calatrava, estando en esta Corte..."

Primeramente fue preguntado en qué parte de las Indias había residido. Contestó que había pasado en el año de 1540 a las provincias del Río de la Plata en compañía de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y había estado en ellas veintisiete años: los veinticinco de ellos en la ciudad de Asunción y los restantes en las provincia de Itatin, que es de indios. Había salido de la Asunción y se había ido al Itatín para dar aviso a la Audiencia real de los Charcas, a Su Majestad y a los señores del Consejo, del estado del país. No pudo pasar por estar anegada la tierra. La gen-

te que había venido con él se volvió a la Asunción. González quedó solo en el Itatín con un portugués para amparar a los indios y animarlos a que hiciesen bastimentos para los cristianos y no se fuesen de sus casas y tierras, como lo tienen de costumbre.

En la declaración siguiente, el clérigo González recordó que siete u ocho años antes había salido de la provincia del Itatín con el obispo Pedro Fernández de la Torre, obispo de la Asunción, y fue con él hasta la ciudad de Santa Cruz, que es en los corocotoquis. Allí estuvieron como un año y medio, por estar la tierra levantada. Después se fueron a la ciudad de los Charcas, donde permanecieron un año y medio. El obispo se volvió a su obispado de la Asunción y el clérigo González se fue a la ciudad del Cuzco, "donde estuvo en doctrinas de la comarca como dos años y medio". De allí se vino por Guayaquil y Quito a la provincia de Popayán, donde estuvo un año y medio, "hasta que salió y vino a la ciudad de Cartagena". Durante un año esperó navíos para ir a España. Embarcó en una nave que lo llevó a La Habana. Al cabo de siete meses, otro navío lo llevó a Portugal donde desembarcó por el año de 1574.

Es una odisea que no todos los conquistadores hacían. Más fácil era pasar de España a la costa del Brasil o al Río de la Plata y subir a la Asunción, y volver del mismo modo. Pero González prefería ese viaje y lo aconsejó al rey y a sus amigos para que no cruzasen las selvas del Brasil donde los indios tupís podían matarlos y comerlos.

En seguida fue preguntado en qué estado quedaba la tierra del Paraguay cuando salió de ella. Respondió que no tenía gobernador y hacía ese oficio Francisco de Vergara, "por elección que la dicha ciudad hizo en él". Se refería a la autorización que el emperador Carlos V había dado a los pobladores del Río de la Plata y del Paraguay por medio de la real provisión del mes de septiembre de 1537. La había traído Alonso Cabrera a Buenos Aires, el año siguiente, y ordenaba a los conquistadores que, si don Pedro de Mendoza no hubiese dejado un sucesor nombrado por él, los conquistadores eligiesen otro de acuerdo con sus conciencias. Mucho ha sido comentada esta real provisión por los historiadores del Paraguay. Ella inauguró el voto obligatorio, libre y secreto en el Paraguay y duró hasta la independencia.

El clérigo González agregó que los indios eran muy mal tratados, como refería en una petición que había entregado al Consejo.

Otra pregunta fue un poco insidiosa. ¿Por qué había tardado diez años en dar cuenta al rey de los males que había en la tierra? No se acobardó González. Se había detenido en todos los lugares que había mencionado “por tener necesidad y por haber menester de ganar de comer en las doctrinas y para sustentarse y traer con que comer en España y también porque su principal intento era ver la tierra y andarla e inquirir el trato de los indios para poder mejor hacer un libro en metro mayor que ha hecho tocante a los dichos indios que tienen en su poder”.

Otra vez la obsesión del libro. Esta vez sabemos que era un poema en metro mayor. Lo tenía en su poder. ¿Dónde ha quedado esta obra desconocida a los historiadores? Un amigo nuestro, que ha muerto, una vez hizo una historia o gran catálogo de los libros que se sabe que han existido y han sido leídos y hoy no se encuentran porque se han perdido o sus originales han sido destruidos. El libro de nuestro amigo no se ha impreso y no sabemos dónde está. Es el destino de muchos libros, empezando por los nuestros. Poco a poco los vemos desaparecer hasta quedarnos con un ejemplar que, cuando muramos —y será pronto— también se convertirá en humo.

El licenciado Ayala no se daba por satisfecho y quería saber por qué el clérigo González, que se dolía tanto por el estado de la tierra y de los malos tratamientos de los indios, no había escrito o venido con más prisa a remediar las cosas declaradas. Martín González respondió en seguida que “el visorey, a su instancia, había tratado de enviar para gobernador de aquella tierra a Juan Ortíz de Zárate”. El virrey “cesó en la dicha comisión y no pasó con ella más adelante”. González entendió que el rey había enviado a Ortíz de Zárate y entonces “no se dio mucha prisa por parecerle que el dicho gobernador llevaría el remedio della”. De este modo “se vino ganando de comer, escribió su libro y esto responde”.

Es indudable que el referido “libro” fue escrito, que González lo llevó a Madrid, que en algún lugar quedó y que, a lo mejor, aún existe sin imprimir. Magnífico sería encontrarlo. No podemos deducir cuál puede ser su contenido, pero, sin duda, es probable que haya desarrollado

todo lo que expuso en sus relaciones e informaciones y contestó en los interrogatorios.

El licenciado Ayala recordó al clérigo González la petición que había presentado en el Consejo de Indias. En ella se referían los malos tratamientos que se hacía a los indios “y en particular que los españoles han quitado más de cien mil mujeres e hijas”. Quería que dijese cómo sabía esos hechos y quiénes los habían cometido. El Padre González contestó en el acto que una vez, por ejemplo, el alférez Vergara, que residía en la Asunción, “fue la tierra adentro y trajo, cuando volvió a ella consigo, hasta doscientas indias, todas mozas, porque no quieren traer viejas”. Vergara había dicho a los maridos, padres y hermanos de esas mujeres, que “las había pedido para barrer las iglesias, no siendo así”. Las había tomado para sí y les hacía “los malos tratamientos contenidos en la dicha petición”. Algunas de esas mujeres se lo contaron al clérigo Martín González. Era por celos que Vergara tenía de ellas. Otro español, Hernán Fustillo, difunto, trajo en varias veces “más de quinientas indias, quitándoselas por fuerza a sus padres y maridos y hermanos”. Les hizo “muchos malos tratamientos y especialmente les quitaba los niños de los pechos para traerlas más libres y desembarazadas y esperaba a las viejas que fuesen a coger agua para que ellas le dijese dónde estaban las indias mozas”. Un Juan de Ortega, vecino de la Asunción, antiguo amigo y colaborador de Irala, “ha oído decir por cosa pública... que enviaba a sus criados para que le trujesen de las dichas indias y que le han traído en veces cantidad de más de mil indias”. Era una de las personas que hacían las crueldades enumeradas en su petición. Asimismo sabía que un Ruy Díaz Melgarejo, de la Asunción, capitán que había sido de Ciudad Real, “ha tomado y quitado en veces a los indios más de diez mil indias y las ha repartido entre amigos, quedándose él con muchas dellas”. Vendía las que quería a cambio de lienzo y hierro. Otras las jugaba. Este Díaz Melgarejo era “el que más daño ha hecho a los dichos indios y mayores crueldades y malos tratamientos, así a las mujeres como a los varones que tomaba”.

El licenciado Ayala preguntó al clérigo González qué crueldades eran las que hacían a los indios y González respondió que “tomaba al indio que le parecía y lo ataba a cuatro caballos y los soltaba y cada caballo salió con su

cuarto y así los despedazaba". A otros les hacía cortar las manos y otros malos tratos. Un Tomasillo, vecino de Asunción, "ha traído en veces a más de tres mil indias, el cual, como era lengua, lo enviaban los gobernadores por ellas y, traídas, las repartían entre los vecinos". Jacomillo había arreado unas cuatro mil. Un Jacome, lengua, también había traído muchas en cantidad. Almaráz había hecho lo mismo "y otros muchos han hecho lo mismo de que se dará memoria quien son, siendo necesario".

La última pregunta que hizo el licenciado Ayala al clérigo González fue cómo sabía que el adelantado Juan Ortíz de Zárate había muerto y perdido el navío que iba con la gente que llevaba. González contestó que lo sabía por haberlo oído decir a las personas contenidas en las informaciones que había presentado.

Todas las preguntas y respuestas fueron leídas al clérigo González y él se ratificó en ellas y las firmó. Agregó "ser de edad de cincuenta y nueve años, poco más o menos" (Archivo de Indias, de Sevilla: 75-6-2.0 y C. Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Colección García Viñas, tomo 83, primer documento de este tomo). Sabemos que hizo testamento en la Asunción, el domingo, 6 de noviembre de 1547 (Archivo Nacional de la Asunción, año II, número XVI, pág. 600 y siguientes). Dijo ser natural de Villa Rubia, próxima a Ciudad Real. En otra declaración suya, en la probanza de don Francisco de Mendoza, hecha en Madrid, el 1º de noviembre de 1574, repite que es natural de Villa Rubia del Campo de Calatrava y es de edad de cincuenta y nueve años, "poco más o menos", es decir, había nacido en 1515. En su testamento habla de sus "criadas" y hace donaciones a ellas y a sus hijos. Sospechamos que, por lo abultado de las dádivas esos hijos pueden ser suyos.

Nada sabemos del resultado y fin de la última información. Diego de Encinas escribió al pie de ella: "Pasó ante mí". Y quedó sepultada en el Archivo de Indias, de Sevilla, hasta que García Viñas, el meritorio investigador de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, por encargo de Paul Groussac, la encontró y envió su copia a la Argentina junto con otros muchos documentos que contienen la historia de la conquista del Río de la Plata y del Paraguay. Ha sido conocida por contados estudiosos. Nosotros la hemos aprovechado en nuestros libros de 1931. Esta

es la primera vez que se trata de reconstruir la vida del clérigo Martín González y el mundo fabuloso, sensual y sangriento del maravilloso Paraguay en el siglo XVI. No hemos podido saber cuándo murió el buen clérigo Martín González.

XV

Hemos seguido los pasos del clérigo Martín González hasta el año 1575, en Madrid. Cinco años después, el orduñés Juan de Garay fundó la ciudad de la Trinidad en el antiguo puerto de Buenos Aires. La vida cambió de golpe. Empezó un comercio intenso entre la Asunción y la nueva ciudad de la boca del Río de la Plata. La soledad se pobló de gentes que iban y venían, tocaban en Santa Fe, vigilaban las orillas, dominaban cada vez más a los indios. Estos mataron a Juan de Garay, pero los castigos llovieron y la conquista se hizo colonización con rapidez creciente. Además, el puerto de Buenos Aires, junto a la ciudad de la Trinidad, antigua ciudad del Espíritu Santo, de don Pedro de Mendoza, se convirtió en ciudad de tránsito entre el Brasil y el Perú. Era, en realidad, el puerto del Perú y del Alto Perú. La Asunción empezó a quedarse atrás. No aparece ningún otro Padre González. La Asunción se va aislando, encerrando en su pobreza, día a día mayor, y en un olvido que se torna pavoroso. Efraín Cardozo, inolvidable amigo, ha estudiado su decadencia. No era una productora, no era una intermediaria, no era una fuente de comercio ni de industrias. Era un paraíso legendario, casi mítico. Los conquistadores de don Pedro de Mendoza habían muerto; los de Garay preferían vivir en Buenos Aires. Esta ciudad era vista con envidia y con gula por los portugueses. Desde ella, por las llanuras inmensas, se podía llegar al Perú en un viaje seguro, tranquilo, descansado, hasta con música y abundante mate, mil veces mejor que por el estrecho de Magallanes o cruzando el Chaco inhóspito y feroz. Por algo Buenos Aires empezó a crecer con tantos bríos y por algo inquietó angustiosamente a los comerciantes de Lima. No a todos, porque muchos se enriquecían con las mercancías que les llegaban desde el Río de la Plata y las que vendían a los mercaderes del Brasil. Pero otros protestaron. En La Plata, el primero de mar-

zo de 1588, se hizo eco de estos temores el licenciado Ruano Téllez, fiscal de la Audiencia de Charcas. Se dirigió al rey y le habló claro. En todo el tiempo que había sido fiscal en la real Audiencia había dado cuenta al rey de todo lo que se había ofrecido y había convenido poner remedio. De igual modo había informado a los virreyes "en todos los chasques", "como quien tiene la cosa presente y el proveer con más brevedad". Así decía, muy bien, que "esta provincia es una de las más opulentas y ricas que hay en el Perú ni aun se sabe que haya otra en lo descubierto a causa de la grandeza de este cerro de Potosí". A ella acudían infinidad de gentes de todas partes. Su número iba creciendo "en mucha cantidad". Había mestizos, mulatos, negros y zambos. "Son muchos más que los españoles y más que los indios". Había mucha gente ociosa y perdida. El cerro "va enflaqueciendo y si no fuera por ciertos beneficios e invenciones que el año pasado se manifestaron ninguna duda hay que la ruina y caída que hubiera dado el cerro fuera muy grande". Era conveniente que el rey ordenase "que se estreche la licencia para pasar a estas partes y en que mande proveer Vuestra Majestad en lo que agora diré": en la provincia del Paraguay, por el Río de la Plata, se había descubierto una buena navegación del Brasil que venía a tomar puerto al de Buenos Aires. Si este puerto no se cerraba se iba a henchir el Perú de portugueses y otros extranjeros. "Cada día vienen navíos de portugueses con negros y mercaderías y vendrán de Flandes, Francia e Inglaterra, donde a la continua llegan urcas a la Bahía de Todos los Santos y otros puertos del Brasil". Desde allí hacían derrota al puerto de Buenos Aires. El año anterior de 1587, el inglés que había pasado el Estrecho de Magallanes (Drake) había tomado dos navíos al obispo de Tucumán, "cargados de negros, mercaderías que traían para vender aquí, en el Perú, de que yo tengo denunciado en esta real Audiencia". No sólo se introducían negros, sino que se habían sacado catorce o quince mil pesos en oro y plata labrada para Portugal, "sin orden ni licencia de quien se la pudiese dar". Si se daba lugar a que entrasen negros por el puerto de Buenos Aires "sería destruir la tierra por los muchos que hay acá que, juntos con los mulatos y mestizos e indios podrían hacer mucho daño". Los mayores perseguidores "destos miserables indios son estos negros y así está prohibido que no caten entre ellos

porque no sólo se contentan con tomarles sus haciendas, pero las mujeres e hijas sin osárselo contradecir por estar como están muy sujetos y rendidos”.

Nos hallamos frente a hechos nuevos que los historia-dores y los sociólogos no han destacado. En el Paraguay, los españoles abusaban de las indias en una forma increíble. En el Perú quienes abusaban de ellas no eran los españoles, sino los negros. No sabemos qué encantos tendrían esas pobres indias para ser tan buscadas. Además, las personas a quienes el virrey y la Audiencia no daban licencia para embarcarse, se iban tranquilamente por Buenos Aires. Así lo habían hecho el año anterior Luis de Quintanilla, caba-llero bien conocido de Medina del Campo, que se ahogó en un río antes de llegar a Buenos Aires; el licenciado To-rres de Vera, oidor que había sido de la Real Audiencia, y un tal Francisco de Zárate, de Sevilla, y otras personas particulares. El licenciado Ruano Téllez había logrado que se despachasen provisiones para que nadie embarcase en Buenos Aires “ni consientan meter negros y otras mer-caderías prohibidas, ni entrar portugueses ni otros extran-jeros sin expresa licencia y consentimiento de Vuestra Ma-jestad”. El conde del Villar, virrey del Perú, también lo había prohibido; pero no era remedio suficiente. Además, en Buenos Aires había otro inconveniente mucho mayor. “Si los ingleses saltasen en tierra y echasen cuatrocientos arcabuceros y aun menos irían levantando todos los mes-tizos del Paraguay que son muchos y pasarían por la pro-vincia de Tucumán sin resistencia ninguna hasta llegar a Potosí, cosa tan codiciada y envidiada de todo el mundo, porque no hay más de doscientas y cincuenta leguas de tie-rra tan llana que andan carretas, sino es treinta leguas que hay de un pueblo que llaman Cotagaita a Potosí”. El ca-mino, salvo esas treinta leguas un poco ásperas, era inme-jorable por su llanura. Todo eso “ha sido inventor el obispo de Tucumán, fray Francisco de Vitoria, por entablar sus tratos y granjerías”. No obstante, un corsario inglés le ha-bía robado dos navíos “y agora se le perdió otro yendo la vuelta de España cargado de pasajeros, donde se per-dió harta cantidad de plata de particulares”. El obispo hacía un año y medio que estaba fuera de su obispado, en la Plata y en la villa de Potosí, “tratando y contratando en tratos y granjerías y en otros ejercicios indigno a su hábito y dignidad y religión”. Además había que tener en cuenta

el mal ejemplo que daba a sus "ovejas". El virrey había tenido noticia de "las exorbitancias del obispo, que son bien notorias y patentes a todos".

Estamos frente a un panorama distinto al del Paraguay. Los obispos eran interesados tanto en la Asunción como en el Perú; las indias eran perseguidas por españoles, en la Asunción, y por negros en el Perú. Buenos Aires atraía a los comerciantes y negreros del Perú y no del Paraguay porque no los había y no hacían falta. Buenos Aires había abierto horizontes nuevos. El licenciado Ruano Téllez había escrito al obispo fray Francisco de Vitoria para que cambiase su manera de vivir, volviese a su tierra y dejase "los demás negocios y entretenimientos que por esta tierra tiene". Esperaba que obedeciese "como es justo y lo debe hacer para que no sea necesario apretarle más para que lo haga que, en tal caso, no le haré menos de lo que hubiera lugar y convenga".

Otros hechos hacía saber el fiscal licenciado Ruano Téllez al rey. Era conveniente que se suprimiesen los administradores de las comunidades indígenas "y que ellos mismos las tengan porque, teniéndolas los administradores que ponen los virreyes, no sólo la aprovechan de los frutos y rentas que de ella proceden, pero con sus mismas haciendas les hacen guerra y cierto que les es muy más útil a los indios no tener haciendas que ponerles administradores".

También pedía el fiscal que se suprimiesen las visitas que se hacían a los indios todos los años por medio de un oidor. Los indios acudían directamente a la Real Audiencia cuando tenían algún problema. Lo que querían era "el sello real". Inútilmente se gastaban en esas visitas cuarenta mil pesos ensayados por derechos de oficiales y otros. Lo mismo sucedía con las visitas de los jueces eclesiásticos. "Como estas se hacen muy a menudo en cada un año son muchas las extorsiones y molestias que se hacen a los indios y principalmente en tiempo de sede vacante". Las visitas no debían hacerse tan a menudo y, en caso de ser necesarias, debían realizarlas los preladados y obispos personalmente.

El licenciado Ruano Téllez fechó este pedido el primero de marzo de 1588. En el dorso, una rúbrica atestigüa lo siguiente: "Vista en 19 de enero de 1590 años. Sáquense los puntos". Los indios debían defenderse solos.

XVI

Si meditamos sobre lo que hemos leído, todas las denuncias del clérigo Martín González, entramos en una serie de dudas y preguntas que no es fácil contestar. Ante todo, González se nos aparece como un hombre enemigo del obispo Pedro Fernández de la Torre. Este obispo no era un dechado de perfección, sino cruel, interesado, violento, intrigante y político que, no bien llegado, se convirtió en colaborador del gobernador Domingo de Irala, otro hombre capaz de cualquier muerte con tal de hacer triunfar su voluntad.

Las denuncias del clérigo González contra el obispo no son graves. Lo que le indignaba era que tanto el obispo como el gobernador, y quienes secundaban a uno y a otro, no impidiesen el género de vida que se había hecho usual en el Paraguay. Esta vida era única en el mundo: cada conquistador, como dijimos, para hacerse amigo y pariente de los indios y no ser comido por ellos, se convertía en marido y administrador de una gran cantidad de indias. Dirigir a tantas mujeres no era tarea fácil. Indias hermosas, se dejaban poseer, pero no convencer. Si cometían un error o una falta, cuando decían no era imposible lograr que confesasen la verdad. Imaginamos las reacciones de los conquistadores que no eran pedagogos pestalozzianos. Es preciso colocarse en una época y comprender sus problemas y sus ideas para juzgarla. Los juicios sobre multitudes o cuestiones de carácter colectivo, a pesar de todos los Lebons habidos y por haber, son más inseguros que los que atañen a una persona.

El Paraguay era un mundo integrado por elementos muy diversos. Por un lado, españoles de todos los niveles culturales y sentimentales. Por el otro, indios e indias que vivían como Adán y Eva, que se comían los unos a los otros, que practicaban el aborto como una solución, que se suicidaban para dormir sin despertar y que, al mismo tiempo, eran seres humanos, descendientes de Adán. Por último, no faltaban los clérigos de manga ancha, que sabían que había que vivir así para no morir, y los que abundaban en escrúpulos y pretendían una pureza de costumbres que, con tantos miles de tentaciones entre las manos, jamás soñadas en sus noches españolas, era inconcebible que se lograra.

En medio de este mundo paraguayo del siglo XVI o iraliano, por el jefe que lo permitía y fomentaba, no es extraño que hayan existido hombres malvados, de instintos depravados y actos asesinos. Anormales, celosos por perversión o indiscutible realidad, los hay en todas partes. Las indias eran mujeres de poca honta, o sea, vergüenza, que desconocían en absoluto, y lo mismo tenían hijos con el patrón que con el primero que las tumbase. Algún español que pretendía el absurdo de una fidelidad, como si se encontrase en su aldea con campanario y comadres beguinas y chismosas, habrá reaccionado a la española y no a la guaraní. No queremos disculpar a aquellos hombres, en su mayoría jóvenes, ardientes por los cuatro costados: por sus temperamentos, por el clima, por los pecados que los envolvían y por tener al alcance de la mano tanta carne cruda y turbadora. El Paraíso de Mahoma, como hemos referido en libros ya lejanos, era un paraíso y, como cualquier paraíso, tenía un infierno al lado. El infierno era de todos: de los españoles, que vivían de la caza y de la pesca y de los frijoles y raíces que les obsequiaban los indios o se los sacaban, y de los indios e indias, que trabajaban como bestias en las labranzas y en todo género de menesteres: traer leña, limpiar algo alguna vez, refrescarse en el río y cuidarse de las pirañas que, a cada instante, podían arrancarles un bocado de pierna o de nalga... Entretanto, los mestizos nacían y crecían. Era el pueblo nuevo que, a miles, convertía tierras salvajes en una nación.

Los españoles sembraban en las mentes estos conceptos de patria, de nación y de idealismos políticos, y los mestizos los hacían suyos. Era un eslabón poderoso entre la mentalidad española y la primitiva, pura, inocente, mentalidad indígena. Los Adanes y las Evas de los bosques, que no usaban ni una hoja de parra, se transformaban en seres con otra cultura. Un ejemplo: Ruy Díaz de Guzmán, nieto de Irala.

No vamos a caer en la puerilidad de ciertos sociólogos o filósofos, tan ignorantes como insensatos, de preguntarnos cuál de las dos mentalidades o géneros de vida era mejor y si los indios eran más "felices" viviendo como animales y antropófagos o como nosotros. El hecho es que la superposición de una cultura sobre otra se produjo y el Paraguay se cristianizó y civilizó, es decir, se hizo *civi-*

tas, ciudad, conjunto de seres que se saben gobernar y administrar.

No justificamos ni disculpamos los crímenes, los excesos, que pueden haberse cometido durante la colonización hispanoguaraní por obra de algún desalmado. La justicia no permitía los delitos y la cárcel de la Asunción siempre tenía algún recluso. La generosidad sin límites de las bellas guaraníes y la amplitud de conceptos de los caballeros españoles hizo un milagro que no existió, por ejemplo, en las colonizaciones de otros países en otras partes de América y del mundo: la fusión de dos razas para dar origen a otra, mestiza, es decir, mezclada, que elevó a ambas a una perfección que, desde entonces, han envidiado muchos pueblos. El comunismo mujeril defendido por un interlocutor en la inmortal *República* de Platón lo vemos hecho realidad en el "caso" paraguayo con resultados magníficos que el filósofo de Atenas jamás habría soñado. En la Asunción de Irala no faltaban mujeres españolas, como Isabel de Guevara —ella y no un tinterillo como arriesgó Groussac— que escribió una carta que cecelumbrió a estilistas como Enrique Larreta en su preciosa resurrección de *Las dos fundaciones de Buenos Aires*. Había sacerdotes que dirigían al rey denuncias de perdición de ánimas porque los españoles vivían en brazos de las encantadoras guaraníes y, hasta en los instantes de la muerte, las llamaban y les pedían una última caricia y palabra de amor. Estas anécdotas, que consignaban en sus relaciones los clérigos pudorosos, también ellos servidos por guaraníes, a veces protegidas por una tanga, revelan los nobles sentimientos de los conquistadores y la unión que los estrechaba a esas mujeres que, antes de su llegada, corrían por las breñas y bosques como los animales con los cuales vivían. El Paraguay fue una fragua de amor y ese amor, con todos sus excesos, como en los inmensos amores, hizo un pueblo y una nación.

En cuanto a las denuncias del inefable clérigo Martín González es indudable que estuvieron influidas e inspiradas por la *Brevísima relación...* del Padre Las Casas. Las semejanzas de los delitos atribuidos a los españoles son muy grandes. Podrían exponerse en dos columnas paralelas para convencernos de esta verdad.

Ya hemos hecho observar lo difícil que habría resultado reunir en la Asunción o sus alrededores cien mil mu-

jeros guaraníes. El Padre González se dejó llevar por su colega Las Casas y cayó en sus mismas exageraciones. Hoy, la vieja obra o conjunto de fábulas y mentiras del Padre Las Casas no pasa de una curiosidad bibliográfica. Fue citada en tiempos de la independencia hispanoamericana para combatir a los absolutistas y a los españoles en general. También fue considerada, por la inquisición de México, una obra escrita por un francés y no por el Padre Las Casas, totalmente inventada para desacreditar a España y en contradicción con todos los escritos del imperecedero autor de la *Historia de las Indias*. Hoy ningún historiador serio cae en el error de citarla como testimonio histórico.

Lo que debemos buscar, especialmente los jóvenes que exploran los archivos y las antiguas bibliotecas de conventos, es el "libro" que sabemos seguro que escribió el clérigo Martín González de Villa Rubia del Campo de Calatrava. Quien lo encuentre y publique dará a los historiadores hispanoamericanos una joya de gran valor, no por las verdades que contenga, que serán las conocidas, sino por el aporte que significará al estudio de la Leyenda Negra esta secuela o suazgatillo del Padre Las Casas en las selvas del Paraguay. Y, por último, una inquietud que podría inducir a una investigación. Martín González dijo al licenciado Ayala, en su interrogatorio, que había escrito "un libro en metro mayor". Es decir: un poema. En otras declaraciones especificó que su "libro" trataba la historia del Río de la Plata y del Perú. Que conste, para empezar, que hemos descubierto un tercer poeta en la historia de la literatura colonial rioplatense (Luis de Miranda, Martín Barco de Centenera y Martín González). Ahora bien: es una casualidad que *La Argentina*, de Centenera, también nos refiera en verso la historia de estas regiones. Muerto González —no sabemos cuándo— ¿no habrá, Centenera, publicado con su nombre, el poema de Martín González? Los libros perdidos tienen siempre un encanto, por su misterio, que no encierran los que andan en nuestras manos.